

Los estados generales de emergencia



Dossier en movimiento sobre revueltas
y crisis neoliberal

Fotografía: [Gonzalo Iturbe](#)

Respecto a los textos de este dossier está absolutamente permitida su reproducción, copia y distribución por diferentes medios. Ojalá, cuando esto ocurra, sean citados sus autores.

Ficción de la razón, Santiago. Octubre de 2019.
ficcionalarazon.org

Los estados generales de emergencia

Dossier en movimiento sobre
revueltas y crisis neoliberal

Ficción de la razón

Introducción al dossier.....	6
La nueva política experiencial o el momento de la gente / Michalis Lianos.....	9
Destitución, hacia una física de los posibles / Gerardo Muñoz.....	15
Terror de la soberanía Un comentario acerca del Estado de Emergencia en Chile / Matías Bascuñán.....	21
El tren del progreso y el cortocircuito metropolitano / Gonzalo Díaz Letelier.....	25
Estado en quiebra. La revuelta como Arca de Noé / Rodrigo Karmy Bolton.....	40
Neoliberalismo y gobernabilidad: La revuelta y sus alcances (Primera parte) / Sergio Villalobos-Ruminott.....	48
El instante de la política / Federico Galende.....	56
Poema / Andrés Ajens.....	61
El negro matapacos y los símbolos de la revuelta / Mauricio Amar Díaz.....	62
Afirmar la rabia y consumir el rechazo. La revuelta en los bordes de la politización del pueblo / Rudy Pradenas.....	66

Introducción al dossier

La declaración de estado de emergencia en Chile, una medida en cualquier caso desesperada y exagerada, por parte del gobierno de Sebastián Piñera, no solo implica la puesta en suspenso del marco legal que rige la vida del país y su consiguiente militarización. También implica, cuestión que hay que tener en cuenta para cualquier análisis, el reconocimiento, por parte del gobierno, de una cierta ingobernabilidad producida por las protestas iniciadas con la evasión estudiantil en el Metro de Santiago, pero que pronto canalizaron años de frustración y abusos, llegando a convertirse en protestas populares a nivel nacional. El estado de emergencia decretado por el gobierno no hace sino confirmar la condición de excepcionalidad jurídica en la que vivimos desde el golpe de Estado de 1973, excepcionalidad formalizada por la fraudulenta Constitución de 1980. Pero, de la misma forma en que el golpe es una intervención militar orientada a conjurar las formas de la participación popular y sus procesos de empoderamiento, en el contexto del gobierno de Salvador Allende, la declaración del estado de emergencia actual no puede evitar reconocer la fuerza destituyente de las protestas, fuerza que ha sido rápidamente criminalizada y demonizada por las retóricas oficiales. Esto plantea un problema interesante, más allá del hecho de que sea el gobierno quien declare el estado de emergencia constitucional, no hay que olvidar que este estado de emergencia constitucional es una conjura que intenta domesticar el verdadero estado de emergencia producido por las revueltas. La suspensión del orden naturalizado no es el efecto de la intervención gubernamental, sino la consecuencia del derrame popular en las calles, situación donde los cuerpos, decididos a compartir el espacio común,

ponen el tiempo neoliberal en suspenso y desorganizan las rutinas cotidianas de la dominación. En última instancia, el verdadero estado de excepción no funda nada nuevo, no impone un orden alternativo, ni emerge como una forma de restitución o de equivalencia. El verdadero estado de excepción funciona como desarticulación o dislocación de la experiencia habitual del sentido, abriendo la posibilidad para una nueva relación con el tiempo, más allá de la estructura sacrificial de la historia.

La dislocación en la que estamos no debe ser, por lo tanto, romantizada ni convertida en origen mítico de nada. Como dislocación, abre la posibilidad de una relación con el tiempo histórico que, aunque inapresable, resplandece momentáneamente en nuestro presente. Prueba de ello da una de las tantas consignas que circulan en los carteles artesanales que pueblan las calles del país: “Como nos quitaron los cursos de historia, decidimos escribir nosotros mismos la historia”. Pues se trata de eso, de una práctica colectiva en la que se yuxtaponen diversas temporalidades, haciendo posible pensar en una acumulación de fuerzas a las que no se puede echar mano individual o voluntariamente, pues constituyen una negación de la propiedad y la mercancía. Desde hace días Chile está en estado de emergencia, pero no solo por la militarización y sus prácticas criminales, sino por la insistencia de los cuerpos en ocupar lo público y permanecer. Esa mínima insistencia parece ser suficiente para develar la profunda debilidad constitutiva del pacto de gobernabilidad con el que se administra la empresa-Chile. No es poco, sobre todo porque los sectores políticos institucionales de oposición han estado en un lugar bastante secundario con respecto a estas dinámicas sociales. Como se sabe, los partidos políticos se apurarán en proponerse como mediadores del conflicto, estrategia con la que, históricamente, han secuestrado el protagonismo popular y lo han convertido en capital electoral. No se trata, en todo caso de adjuar de todos los partidos, sino de convertirlos en instancias al servicio de los movimientos sociales, y no al revés; es decir, se trata de invertir toda forma de clientelismo político en función de procesos de democratización crecientes.

Las revueltas que abrazan y abrasan a Chile, han dejado claro el profundo militarismo de la derecha y del gobierno, la estricta continuidad programática y doctrinaria con el pinochetismo, la incapacidad de percibir el descontento social y la auto-referencialidad soberana que limita la comprensión de la política a una cuestión administrativa y gubernamental. Gracias a este proceso de develamiento, las cosas no podrán volver a ser como antes, como si nada hubiese pasado. Chile está haciendo una experiencia radical que consiste en restituir el verdadero sentido de la historia sin apelar solo al conflicto entre el pueblo y las elites, sino también al desencuentro entre los grupos de poder y las formas de vida democrática que no pueden ser contenidas en el corsé de la democracia neoliberal contemporánea. Derrames incalculables por la lógica de la acumulación y las formas de la transferencia jurídica, las protestas abren una dimensión profana en el plexo de la filosofía de la historia del capital, apuntando no a la necesidad y sus sermones realistas, sino a la posibilidad como campo de una contingencia radical en el que se juega el destino de las sociedades.

Sin guiones ni programas pre-establecidos, la serie de marchas y manifestaciones populares de estos últimos días, han abierto una dimensión imaginal irrenunciable, esto es, han hecho imaginable una forma de vida distinta, más allá de las lógicas terapéuticas del reformismo social de mercado. Sería contraproducente extorsionarlas desde la clásica demanda normativa por una cierta direccionalidad estratégica, pues lo distintivo de ellas no es la implementación de un plan diseñado a priori, sino la interrupción de la vida sumida al sacrificio de la rutina. No por nada, la revuelta es una instanciación de la anarquía de los sentidos.

Presentamos acá una serie de textos que, esperamos, aumentaran en los próximos días.

La nueva política experiencial o el momento de la gente / Michalis Lianos

Entrevistar a la gente cerca del Arco del Triunfo, en medio de gases lacrimógenos y granadas de humo, es toda una experiencia para un sociólogo. Dicha experiencia confirma que la historia está muy lejos de concluir. En efecto, hasta los humanos programados de las sociedades post-industriales son capaces de ejecutar actos impredecibles.

Nadie había previsto la aparición de los chalecos amarillos y, sin embargo, rápidamente muchos se hicieron dueños de ideas muy precisas sobre quiénes eran ellos. Empezó a circular una amplia gama de etiquetas: "rednecks" de extrema-derecha, agitadores de izquierda, la clase baja manipulada por los partidos de la oposición al gobierno. Las preguntas se vuelven necesarias una vez que el movimiento comenzó a crecer. Las instituciones políticas, por otro lado, se atemorizaron hasta el punto de que todos los partidos fueron convocados por el gobierno francés para "entender la situación" y así volver a situar a la política en su marco convencional y normativo. Aunque, precisamente, lo que los chalecos amarillos buscan es dar un paso al lado de lo que se entiende por ese marco convencional de la política.

Las revoluciones nunca comienzan como revoluciones. O lo que es peor, siempre desembocan en formas que vuelven a introducir una serie de desigualdades a causa de su visión de mundo. Los chalecos amarillos parecen responder también a este hecho. La progresión de sus objetivos políticos ha sido realmente colosal. En apenas cuatro semanas, han pasado de su punto de partida (la cuestión del alza del precio del petróleo) a una crítica explícita del sistema parlamentario y de la política representativa. De esta manera, los chalecos amarillos han

arrinconado al sistema político, postrándolo en un estado de obsolescencia. Esta es la gente que, en su mayor parte, nunca había militado en causas sociales y que, hasta hace muy poco, se consideraba "apolítica". Se trata de las fascinantes paradojas de la época.

Quiénes pertenecen al establishment son incapaces de entender esta realidad. ¿Y cuáles son exactamente sus demandas? Muchas. Y no todas apuntan en una misma dirección. ¿Quiénes son sus líderes? En realidad, no podemos nombrar a ninguno. ¿Acaso buscan iniciar un partido político para llegar al poder? Tampoco. ¿Y qué es lo que buscan, entonces? Podríamos decir que simplemente quieren ser escuchados, porque quieren poder vivir en condiciones dignas de existencia.

En efecto, este es un movimiento que no tiene nada que ver con la lucha de clases. La clase a la cual pertenecen pudiera ser descrita como la franja más baja de los "incluidos" en el sistema. Esto es, aquellos que tienen problemas para llegar a fin de mes, pero que, sin embargo, se sienten parte del corazón de la sociedad francesa. ¿Quiénes? Los trabajadores artesanales, los técnicos de diversos oficios, los empleados públicos, las secretarías y burócratas menores, los vendedores ambulantes, los campesinos, los pequeños propietarios, los conductores de camiones, los asistentes en la enseñanza pública, los zapateros, las asistentes del cuidado médico, los artistas independientes y precarizados, y los estudiantes obligados a mantener varios trabajos. Cuando estuve en las calles siguiendo esta realidad, fui incapaz de conocer a una sola persona que fuese del centro de París o de algunos de los suburbios más acomodados.

El punto más importante es la manera en que todos estos sujetos son partícipes de en una misma experiencia. En un mismo grupo uno puede encontrar personas que nunca en su vida han votado, otros que siempre han votado por el Frente Nacional, y luego otros que han votado por la izquierda. Hace algunas semanas, todas estas personas se veían, los unos a los otros, como fascistas, extremistas, o como seres completamente ajenos a la política. Son conscientes de sus diferencias y del hecho de que, entre ellos, hay opiniones muy diversas sobre casi todos los temas. Y, sin embargo, todo esto se ha vuelto un tema secundario. Al

confluir en las calles - un tipo de movilización potencializada a través del Internet - han podido percibir como sus experiencias son parte de una misma forma de sentimiento que los humilla y lo excluye. De este modo, los chalecos amarillos entienden que la política de partidos es un juego de una élite desvinculada de la realidad; una élite a la que solo le interesa dirigir las normas del juego a espaldas de la gente. Así, se han dado cuenta de que, en realidad, han sido ellos quienes han permanecido excluidos por la mediatización retórica del juego político.

Asimismo, los chalecos amarillos parecieran darse cuenta de que el mundo de las élites ya ha dejado de existir. De ahí que hablen de participación, de democracia directa o de referéndum sobre cuestiones centrales de la vida cotidiana. No se trata de una retórica revolucionaria agitada, sino de un discurso pragmático que se va nutriendo de su propia práctica. Naturalmente, ellos piensan que si la "gente común" logra alcanzar un nuevo tipo de coordinación a lo largo del país, ya no habría ninguna necesidad de una elite que solo encuentra un punto de legitimización a través del voto, cada cuatro o cinco años. Uno podría decir que esa actitud ya es una especie de prefiguración política y, sin embargo, esto tampoco es correcto. No hay una condición ideológica previa que quiera cambiarlo todo voluntariamente. Por eso no hay una visión normativa que caracterice a sus prácticas. Al contrario, lo que estos diferentes actores tienen en común es el hecho de estar muy cansados de un malestar socioeconómico. Como me comentó en un momento un campesino de Charante: "...esto es lo último que aguanto. Me subí a mi tractor y conduje a la rotonda más cercana para bloquearla".

El término que me gustaría proponer para esta nueva conducta emergente es política experiencial. Mediante este término aludo al hecho de que la experiencia como tal podría coordinar la representación política desde una práctica carente de una estructura centrípeta o piramidal. Esta coordinación se da solo en un momento coyuntural, y aparece como ideológicamente inestable, políticamente ineficiente, aunque solo sea porque nos encontramos atados a la organización del sistema político moderno. Los chalecos amarillos usan sus experiencias para emanciparse de la carga

de las representaciones políticas que los clasifican constantemente bajo esquemas ideológicos rígidos. Como casi todos en Francia, los chalecos amarillos reivindican la Declaración de los Derechos del Hombre, aunque insistiendo que sus principios han perdido efectividad bajo el sistema vigente. Esta manera de pensar la política atraviesa a todas las corrientes del movimiento. En efecto, muchos de ellos piensan que solo un referéndum convocado por los ciudadanos puede transformar el impasse político. Muchos otros piensan que solo una asamblea constituyente podría transformar las instituciones existentes y de esa manera romper el actual sistema político.

Tampoco escasean ideas sobre qué hacer respecto a la Unión Europea. Aunque existen muchos matices, el consenso reside en que los pueblos de Europa deben estar conectados no mediante instituciones formales, sino a través de lazos horizontales que atiendan a las dificultades de cada grupo. La diferencia entre "la gente" y las élites parece sobrepasar cualquier tipo de arraigo relativo a una identidad nacional, al estilo en el que las agencias de la Unión Europea quisieran administrarlas. Y a pesar de que ellos conciban al euro como un instrumento financiero de la elite dominante, en realidad no tienen objeciones a un tipo de economía internacional que se base en estructuras y recursos locales.

Los chalecos amarillos, de hecho, no se oponen al mercado en la medida en que este sirve a un propósito social que garantice a la gente una vida digna en proporción a sus esfuerzos. A diferencia de otros movimientos en torno a los "salarios", el gesto de los chalecos amarillos afirma la independencia laboral, que para muchos es signo de autonomía. La paradoja de un movimiento de la gente común alrededor de la autonomía, probablemente radica en que, quizás, sea una consecuencia directa del creciente desarrollo de la individualización en las sociedades europeas, al menos desde finales de la Segunda Guerra Mundial. Pero no es menos cierto que la sustancia de toda acción colectiva tiende a cambiar en cada época. Y en ésta lo que cuenta parece ser la unidad de la condición individual. Sabemos que nuestra aspiración hoy tiene mucho que ver con el reconocimiento de nuestra singularidad en el espacio social.

Naturalmente, para los chalecos amarillos no hay una oposición entre lo colectivo y lo individual. Esto explica por qué la reducción impositiva, la solidaridad con los refugiados, o una apuesta por una democracia directa conviven en el mismo programa de demandas. A diferencia de los votantes de los partidos tradicionales, los chalecos amarillos no ven contradicción alguna entre la aspiración a vivir juntos en tanto que individuos independientes. Es en este sentido que podemos decir que son verdaderos ciudadanos post-industriales que han dejado atrás el sentido de colectividad y de comunidad tradicional. Aun cuando son trabajadores asalariados, atizados por la incertidumbre del mercado y la competencia, estos sujetos se ven a sí mismos como emprendedores, capaces de encontrar su propio camino en la malla institucional de la sociedad. No hay caminos preestablecidos para producir una medición en el tejido de las identidades sociales. Los chalecos amarillos, frente a los movimientos tradicionales, no suelen tener nostalgia alguna por comunidades o valores, ya sean nacionales o políticas. Es por esta razón que no logran encajar en la lógica populista que, una y otra vez, intenta encasillarlos o excluirlos como novedad social. Estamos ante individuos que articulan una visión política sobre la base de un propósito colectivo solidario, aunque sin desatender la promoción personal.

Hace veinte años, junto a varios colegas, investigué las formas de la inseguridad y la incertidumbre en Europa. Ya en aquel entonces produjimos una serie de informes que incluían recomendaciones y alertas sobre los retos de cara al futuro: "Necesitamos volver a pensar la gobernabilidad política como una dimensión aislada, en lugar de cómo una garantía de la existencia individual. Esto debería ser parte de un programa para ajustar la acción institucional que pueda garantizar el espacio para la realización de cada uno de los proyectos de cada individuo". Naturalmente, nuestro informe - como los de tantos otros investigadores - solo consiguió acumular polvo en una de las gavetas de alguna agencia pública. Diez años más tarde, los movimientos de las plazas irrumpieron en Madrid y Atenas, Kiev y Nueva York, y en muchas otras partes del planeta. Una forma nueva, más madura, parece estar desarrollándose ahora en Francia.

La historia nunca puede escribirse adelantándose a los hechos. Podría ocurrir que las instituciones de las mayorías parlamentarias consigan gestionar estos tiempos y mutar parcialmente hacia nuevas formas políticas más ajustadas a la realidad. También podría suceder que el autoritarismo regrese al centro del escenario de la historia europea. Sin embargo, también hay razones para creer que una nueva forma democrática pudiera estar emergiendo desde abajo, es decir, a partir de ciudadanos que ya han dejado atrás a los partidos políticos y la clase dirigente como condiciones para construir un mundo de convivencia digna. Los chalecos amarillos han demostrado que hoy se puede dudar de la centralización del poder; y no solo por la dimensión ideológica abstracta, sino también porque nuevas experiencias cotidianas, como pueden ser llenar el tanque de gasolina o pagar la factura de la luz o el agua, han emergido como experiencias políticas. Y es precisamente este vínculo entre la experiencia cotidiana y la visión intelectual de la política lo que se convierte en un reto para la fundación del poder político moderno, tal y como lo hemos entendido al menos desde las revoluciones del siglo XVIII. Esto no es poca cosa. Una vez más, Europa parece estar políticamente viva.

Originalmente publicado en On the Frontline, enero de 2019.

Traducción al castellano por Gerardo Muñoz

Destitución, hacia una física de los posibles / Gerardo Muñoz

No estaríamos a la altura de la verdad si pretendiéramos leer el momento insurreccional que tuvo lugar el 18 de octubre en Santiago de Chile como una continuación de las movilizaciones que inundaron plazas y espacios públicos de las grandes metrópolis durante el 2011. Aquel fue el momento de las declaraciones y las ocupaciones; éste, en cambio, es el de la destitución y la evasión. El primero permanece ligado a los fines, el segundo a los medios. Ocupar una plaza se articula mediante la apropiación de la forma espacio; evadir se propone liberar el tiempo de la vida. A casi una década, estamos en mejores condiciones para entender que aquella idea de ocupar una plaza seguía cargando a costas una vieja añoranza fideísta de eso que llamamos "esfera pública", donde el "común" era apenas otro nombre de "botín" de la apropiación y del reparto.

La evasión chilena ha traspasado con su elipsis a otro plano, encontramos un orificio, puesto que ahora se trata no de una enmienda al contrato social, sino de asistir a que se vuelva posible un afuera de la descomposición civilizacional. Y como sabemos, en momentos de hecatombe de una civilización, lo público ya no es un lugar redimible. Solo un cretino puede convencernos que aun podemos habitar o morar desde una nueva reconstrucción de la antigua esfera pública burguesa. En realidad, lo que ha acontecido en Chile durante estos últimos días no debe entenderse bajo la figura del "relevo del batón", como algunos apresurados teóricos de la metafísica de la multitud intentaron leer el ciclo de protestas, afincándose de una metáfora del atletismo de estado. Ahora se trata de atravesar una cosa donde están todas las otras: afirmar la destitución del principio mismo de la política. Por lo que de nada vale renovar un principio de legitimidad caído hacia la sombra de desencanto sin futuro. El futuro es ahora lo que menos importa. Esto significa que el fin de la hegemonía que sostenía las certezas de una época, ha abierto paso a una física de la experiencia para la cual no

tenemos categorías ni gramáticas compensatorias. La experiencia se produce desde una tonalidad que busca encuentros e inclinaciones. Esta situación es la que produce una gran ansiedad a los policías del pensamiento y a los guardianes del último reducto de las purezas ideológicas.

En este sentido, lo que se evade no es solo una clase política o los dispositivos subsidiarios de los patrones económicos del fiero neoliberalismo chileno, tan comentando en estos días, sino el orden civilizacional desde el cual la vida pierde el clamor de sus posibilidades. Sabemos que las cosas posibles, las que realmente dejan abiertas posibilidades, son siempre las que deben de permanecer inaprensibles desde el concepto. De ahí que el único acceso a ella es arrancando la fuerza desde la propia experiencia. El momento chileno cobra su legibilidad ya no como acontecimiento histórico o revuelta ligada a la constitución de un nuevo poder popular o populista, sino como parábola de una práctica al albur de la posibilidad de habitar el mundo. Decir parábola es también hablar del reino: el tiempo de la existencia que debemos extirpar del arcaico vocabulario teológico para arrojarlo a los modos infinitos experienciales por los cuales vuelva a cobrar sentido la felicidad.

Esto implica, por supuesto, un giro copernicano de la idea moderna de revolución, la cual siempre estuvo ordenada por una teatralidad compuesta de personajes como la culpa, el sacrificio, el desengaño o la traición; o bien, la proyección, la intención, la vanguardia, y todo aquello que olía a destino tecnificado, desentendido del *ethos* que nos arroja al mundo como una emboscada en la noche. No es azaroso, entonces, que la evasión del derrumbe civilizacional haya empezado a través de una juventud cuya experiencia condensa el malestar del presente en búsqueda de un afuera. La destitución nombra el intento de ese arrojamiento que se propone dejar atrás el feroz, y siempre mortífero, juego de la fuerza.

"Estamos en guerra contra un enemigo poderoso" – estas palabras de Sebastián Piñera, si dan cuenta de algo, es justo de la esencia de la ingravidez de la política contemporánea, donde el hostis-ciudadano es la figura por la cual la maquinación cancela toda externalidad integrándola hacia un adentro sin fisuras. El paradigma de la guerra generalizada y absoluta, ahora rubricada como guerra civil sin tregua,

implica, como me decía Mario Tronti en un reciente intercambio "que simplemente no hay guerra, por esta razón, tanto el movimiento como la posición se vuelven formas administradas de una fuerza siempre caída a la reacción"¹. De ahí la necesidad de escaparnos por el agujero que ha perforado la ilegitimidad de lo político. No debemos temer atravesar la zona de indeterminación... ¡solo ahí podemos dar con encuentros amistosos! Así, la evasión es también otro modo de decir que buscamos destituir cualquier negatividad que termine manteniendo el aparato general de la stasis. Hoy ya no se trata de trazar un derrotero o de dejarse interpelar por la metafísica de la praxis del que-hacer; sino de insistir sobre el hecho de que la crisis civilizacional es también el índice de un malestar antropológico para la cual todas las inversiones schmittianas son insuficientes.

Y, sin embargo, la destitución, como la "huelga pura" no supone "un simple paso de un mundo a otro, ni el simple no paso. Ni el salto llano de un trabajo esclavizado a un trabajo sin amos, de una economía de la producción a la inocupación esencial del polvo estelar, de una comunidad jurídica a una comunidad pre o post-jurídica...hace sitio simultaneo a los vectores en su constelación interrumpiendo la unilateralidad, revelando en esa interrupción su verosímil, su finalidad e intencionalidad, su violencia, averiándolas, evidenciando su ceguera o intencionalidad"². No podemos no deparar en la fuerza intempestiva de una experiencia que depone, desde cada singularidad, todo horizonte proyectual. Cuando se trabaja desde la experiencia se produce el encuentro, y en el encuentro se nos asoman las posibles del mundo y de las cosas. O lo que es lo mismo: que ninguna de las posibilidades de una vida termine sacrificándose en nombre de una causa futura de la historia³. Si mantengo abierta mis posibles,

¹Entrevista a Mario Tronti: "Hoy no sólo existe la tarea de construir un pueblo, sino también la de reconstruir una élite", *Cuarto Poder*, 29 de octubre. <https://www.cuartopoder.es/ideas/2019/10/29/tronti-hoy-no-solo-existe-la-tarea-de-construir-un-pueblo-sino-tambien-la-de-reconstruir-una-elite-entrevista>

²Willy Thayer, "Huelga productiva, huelga sin obra, huelga pura" (2008).

³La frase de Dionys Mascolo refiere al comunismo. Y ese comunismo es el que hemos de llamar aquí una física de los posibles: "El que no sacrifique ninguna de las posibilidades de su pensamiento, pueda decirse del que es comunista".

encuentro mi felicidad en cualquiera de sus modos. Y por eso la posibilidad es la apertura al reino donde las causas han sido abandonadas, ya que solo la experiencia va marcando el tiempo de una vida que quiere asistir a un nuevo panteísmo del mundo contra la *presión de la realidad*⁴.

No hay sentido de lucha, puesto que la imaginación tan solo persigue el afuera del absolutismo de lo real. Por eso destituir, significa, en primera instancia, devolverle a la vida la experiencia de un mundo sin *nomos*. Y en esa *anomia* es que podemos imaginar algo así como el ethos de una vida que, al afirmar su desarticulación con la política, apuesta por una forma de inhumanidad donde el enemigo ha sido depuesto en la matriz de la representación⁵. En cambio, el reino de las posibilidades es del orden de lo figural, donde lo irreductible de la vida abre un pasaje con su afuera. Si esta nueva 'política experiencial' nos dice algo, es que la vida excede a toda matriz hegemónica, ya que de lo que siempre se ha tratado es de generar una física del corte que abra el pasaje de salida de la dominación total sobre la vida⁶. Abandonar los modos proyectuales de las viejas teorías de la revolución y su metafísica liberacionista nos delegan la tarea de generar la tonalidad para una poética en torno a las formas de vida que, desde la experiencia y la amistad clandestina, buscan recrear el reino como posibilidad de ingreso al mundo. Y no caben dudas de que ingresar al mundo salimos de la reducción vitalista, encarnada a los confines de la vida, la cual hoy permanece reducida a la antropomorfización efectiva del

En *Le Communisme: Révolution et communication ou la dialectique des valeurs et des besoins* (Gallimard, 1953).

⁴La definición no la entrega el poeta Wallace Stevens: "La presión de la realidad es la fuerza externa en la conciencia que excluye el poder de la contemplación y que puede llevar a su fin la propia imaginación". En *The Necessary Angel: essays on reality and the imagination* (1942).

⁵Sergio Villalobos-Ruminott. *La desarticulación: epocalidad, hegemonía e historicidad* (Macul, 2019).

⁶Michalis Lianos. " Une politique expérientielle – Les gilets jaunes en tant que « peuple »". *Lundi Matin*, 170, diciembre de 2018. <https://lundi.am/Une-politique-experientielle-Les-gilets-jaunes-en-tant-que-peuple>

capital en su última aventura gnóstica de eso que llamamos *civilización*.

Es notable, y para nada accidental, que la primera dama de Chile haya llamado a los manifestantes una ‘invasión alienígena’, imagen que recuerda a la metafórica más arcaica de la cultura de derechas para frenar la más mínima aparición de las masas. Aunque esa imagen es conocida, ahora su novedad se encuentra en su escala planetaria. Chile nos confirma otra lección: a saber, que las élites contemporáneas han perdido todo sentido de la tierra. En efecto, de Jeff Bezos a Sebastián Piñera, del sueño del *programming* cibernético de Silicon Valley al nuevo nacionalismo soberanista ya sea en Cataluña o Hungría, la idea de mundo (en el sentido husserliano del pisar como acto originario), es lo que sobra⁷. La reducción técnica planetaria existe para ellos entre dos límites de constricción social: una inversión extra-mundana, por un lado; y una liquidación del pueblo como muchedumbre extra-terrestre. Por eso destituir no puede dirimirse en el espejismo del arcano del sillón vacío, sino en el gesto que nos devuelve las posibilidades del mundo contra una fase civilizatoria patentemente apocalíptica.

Como escribía recientemente Rodrigo Karmy: “Lejos de negar la violencia popular es necesario abrazarla porque sólo ella representa un verdadero “comienzo” pletórico de “posibles”.⁸ Y solo las posibilidades pueden orientar una transfiguración de eso que entendemos como lo real. Hay que admitir de una vez por todas que el combate hoy no se da contra las huestes que los dispositivos de la metafísica nos proyectan, sino contra el principio de realidad mismo que garantiza la normalidad de sus legislaciones. La destitución, entonces, es el gesto por el cual los posibles se abren como nueva experiencia de mundo. O en palabras de unos amigos contrabandistas franco-italianos: “No se trata ya de tomar de nuevo en nuestras manos, exteriormente, una sociedad reducida a trizas, sino de reparar las almas en el mismo gesto

⁷Edmund Husserl. *La tierra no se mueve* (Editorial Complutense, 1995).

⁸Rodrigo Karmy. “El punto cero de la política. *Revista Bordes*, 19 de octubre. <http://revistabordes.com.ar/el-punto-cero-de-la-politica/>

de reparar el mundo"⁹. Es ya hora de emprender un rumbo hacia este reino que tenemos al alcance de la mano.

⁹"Bella come un'insurrezione impura", prefacio a la edición italiana de *Comitato Invisibile* (Nero, 2019).

Terror de la soberanía

Un comentario acerca del Estado de Emergencia en Chile / Matías Bascuñán

Archi-conocida es la frase de Carl Schmitt que afirma que soberano es quien decide acerca del estado de excepción. Lo que tiende a olvidarse es que esta afirmación lleva a Schmitt a concluir que la autoridad soberana no necesita una ley para fundar la ley. El estado y su legitimidad estarían fundados sobre un acto de violencia ilegal, por lo que cada vez que una ley se aplica, debe hacerlo en memoria de –es decir, actualizando– su origen violento. De ahí que la declaración de un estado de excepción o de emergencia ponga en liza la violencia de la cual la ley –toda ley– depende, no sólo para su fundación sino que también para su conservación. Ejemplos al respecto abundan, pero el caso de Chile quizá sea especialmente notorio por lo obvia e incluso banal que resulta la tesis de Schmitt, que en otros lugares puede sonar a misticismo especulativo, a la luz de los hechos recientes.

Hagamos una breve recapitulación: luego del anuncio del alza de 30 pesos en las tarifas del metro y de la desacertada (pero sintomática) intervención televisiva el pasado 7 de Octubre en la que ministro de economía, Juan Andrés Fontaine, llamaba a los trabajadores de Santiago a levantarse todavía más temprano para así ahorrarse unas chauchas en su viaje en metro hacia el otro extremo de la ciudad –donde, cada mañana, al ministro probablemente lo despiertan con el desayuno servido, luego de lo cual, con toda seguridad, el ministro no tiene que ir a tomar el metro– la obsecuencia se deshizo para dar paso a la evasión masificada en el pago del pasaje. A esto siguió la implacable (y esperable) criminalización del asunto por parte de los medios de comunicación, la cual parecía desplegarse en concierto

premeditado con la militarización de las estaciones de metro con efectivos de Fuerzas Especiales de Carabineros. Con todo, la intensidad de la evasión no amainó sino que, muy por el contrario, se hizo todavía más intensa y heterogénea, frente a lo cual, el día viernes 19 de Octubre a eso de la media noche, el Presidente Piñera declaró, en una escena schmittiana, el estado de emergencia con miras a restaurar el orden interrumpido por lo que, desde el sano juicio institucional de la clase dirigente, sólo podían ser hordas de delincuentes desparramándose por la superficie y el subsuelo de Santiago como una plaga descontrolada de baratas cubiertas de abscesos y pupas rancias.

¿Queda alguna duda de lo que acontece aquí? El estado de emergencia declarado por Piñera sólo viene a reforzar lo que decíamos al comienzo acerca de la violencia que subyace a toda ley y que deviene particularmente meridiana cuando la autoridad identifica una fuerza extraña y lo suficientemente amenazadora como para poner en entredicho la pervivencia de su imperio. La evidencia se redobla escandalosamente si recordamos, primero, que esta es la primera vez, desde la dictadura, que los militares chilenos salen a las calles debido a protestas populares y, enseguida, que la dictadura marca el origen violento (es decir, a-legal) de nuestra institucionalidad actual. En otras palabras, el estado de emergencia declarado por el gobierno de Sebastián Piñera sólo puede poner a resguardo el estado de derecho y su paisaje democrático al actualizar, en un gesto paradójico pero decidor, el origen dictatorial del mismo.

En este sentido, el gesto soberanista de Piñera funciona como memorándum de un rasgo cardinal de la soberanía en general y particularmente característico de la nuestra: ella no es tanto la instancia de autodeterminación de un pueblo como el impulso violento a capturar la totalidad del espacio social por una facción específica del mismo. Esto parece ir en contra del artículo quinto de la Constitución Política de Chile, el cual establece que la soberanía reside en la nación toda, que ella resulta indivisible porque ningún sector del pueblo ni ningún individuo puede usurparla y que todo esto descansa en una manifestación libre de la voluntad

soberana de la nación (el oscuro plebiscito del 80). Este artículo es crucial, pues en él se deja leer el efecto fantasmático de la violencia soberana, la cual siempre busca imponer a fuerza una representación total y no-violenta de sí misma (en nuestro caso de fachada democrática) con miras a legitimar su dominio, encubrir su parcialidad y aparecer como la expresión diáfana de la voluntad nacional y de sus intereses. De ahí, por ejemplo, que tanto el ministro Chadwick como el Presidente Piñera insistan con tanto ahínco en acabar con cualquier atisbo de ambigüedad en la respuesta institucional al desorden. La representación no-violenta de la violencia no puede ser puesta en entredicho.

Pero los eventos de esta semana en Santiago ponen al descubierto que este gesto soberano está destinado al fracaso. Como ha señalado el filósofo franco-argelino Jacques Derrida, una soberanía indivisible y total resulta impracticable cuando no imposible. En este sentido, la pretensión soberana de totalizarse a través de su representación (la ley, las instituciones) no sería más que eso, una pretensión. Así se sepa hegemónica, la soberanía siempre se encuentra en vías de dividirse, y por ello, siempre intentará inmunizarse frente a la amenaza de que el carácter fantasmal de su indivisibilidad quede al descubierto. Pero ella sólo puede protegerse, y esto es precisamente lo que ocurre en un estado de emergencia, desnudando su plexo violento, es decir realizando (según una lógica que Derrida llama “auto-inmunitaria”) precisamente aquello que la amenaza. Su fuerza es el signo inconfundible de su propia impotencia.

En Más allá del principio del placer, Sigmund Freud distinguía entre la angustia, el miedo y el terror. Mientras que la angustia y el miedo tienen un objeto y, por ello, pueden anticipar un mal que se aproxima, el terror se caracteriza por una situación de amenaza totalmente sorpresiva, para la que no hay preparación ni anticipación posible. La lógica del estado de emergencia en Chile querría ser una política de la angustia y del miedo, pues en su decreto se hizo coincidir las manifestaciones de la semana pasada con lo establecido en el artículo 42 de la Constitución; es decir: se produjo un objeto. Sin embargo, un estado de emergencia

sólo puede ser una política del terror, ya que, por definición, la excepción no puede ser anticipada y hecha objeto por la norma. En este caso, la soberanía no ha podido anticipar nada pues su estructura auto-inmunitaria sólo le permite ver lo que ella misma ha hecho, como un ladrón que desconfía de sus amigos porque no puede ver en ellos más que la figura de sus propias intenciones. Queriendo aparecer miedosa, ella ha reaccionado con terror, acusando la presencia de una fuerza destructiva con la que simplemente no ha podido dar en las calles, lo que sólo pudo provocar, como ya se ha hecho evidente, que la soberanía redoblara sus esfuerzos estéticos y discursivos por hacer aparecer su objeto a como dé lugar al tiempo que despachaba el problema de fondo. Pero al hacerlo, ella nos ofrece una imagen cada vez más nítida de sí misma. Esto es lo que habría que escuchar cuando, en nombre de la institucionalidad, Piñera habla de “estar en guerra contra un enemigo poderoso, implacable, que no respeta a nada ni nadie”. Se trata de la guerra que la soberanía se hace a sí misma para sobrevivir. Pero para no desaparecer en el intento, ella debe producir, sin demora y terror mediante, un cuerpo sacrificable –que, en este caso, no puede sino venir del resto que quedaría fuera de ese significante tan movilizadopor el gobierno durante estos días (la “ciudadanía”) pero que sigue cayendo dentro de las lindes de la población; no hace falta esclarecer el criterio de discriminación que opera aquí–.

La eclosión contra la que ha reaccionado el gobierno decretando un estado de emergencia responde a una fuerza heterogénea, sin forma definida, y a la que no podríamos asignarle una finalidad programada –no ahora mismo al menos–. Lejos de ser destructiva, como se nos ha querido hacer pensar a toda costa, ella abre la promesa o más bien la chance concreta de otra legitimidad y otra democracia, una que pondrá en entredicho la violencia generalizada que se esconde bajo la fachada del orden democrático actual, ese que demoniza este descontento pero no la militarización del Wallmapu, ni la represión sostenida a los estudiantes, ni el empobrecimiento estructural de la población, ni tampoco las millonarias evasiones tributarias, ni mucho menos la usura de las AFP, ni que hablar de la explotación desatada del

medioambiente... la lista parece perderse en el infinito, este sí destructivo porque, aunque interminable, amenaza con cerrar cualquier tipo de futuro.

Octubre 2019

El tren del progreso y el cortocircuito metropolitano / Gonzalo Díaz Letelier

I.- EL INVERNADERO DE LA HISTORIA Y LA REVUELTA.

La lucha de clases, que el historiador educado en Marx tiene siempre ante sus ojos, es una lucha por las cosas rudas y materiales, sin las cuales no hay las finas y espirituales. No obstante, estas últimas están presentes en la lucha de clases de otro modo que como la mera representación de un botín que le cae en suerte al vencedor. Están vivas en esta lucha como confianza, valentía, humor, astucia, empedernimiento, y ejercen su eficacia remontándose a lo remoto del tiempo. Una y otra vez pondrán en cuestión cada victoria que logren los dominadores. Tal como las flores vuelven su corola hacia el sol, así, en virtud de un heliotropismo de secreta especie, en el invernadero del historicismo tiende a volverse lo sido hacia el sol que empieza a despuntar en el cielo de la historia. De ésta, la más inaparente de todas las transformaciones, tiene que estar enterado el materialista histórico.

En el invernadero de la historia, que es donde solemos estar situados, se filtran los rayos de una débil luz, que con pasiones alegres nos entrevera con nuestro oscuro suelo histórico, mas abriéndonos de ahí al encuentro en lo abierto del cielo despejado. Tal como ocurre con ese “heliotropismo de secreta especie” del que habla Benjamin en relación con la apertura de la planta al sol, en lo abierto del cielo, a través del erotismo de su flor, asimismo ocurre con cierta gestualidad de lo político. Emanuele Coccia, pensando el movimiento de la vida vegetal floral, describe una “ondulación infinita donde todo cuerpo y todo ser no se deja anclar en ninguna parte; donde, de hecho, no existe más suelo, base estable, ground”.¹¹ Heliotropismo vegetal que atiende a las heteróclitas raíces históricas de la vida en común que le toca, aguardando a los muertos, pero labrando con pasiones alegres la potencia de ese suelo histórico para poder abrirse al cielo despejado de la historia. Lo profundo no es la tierra, sino lo astral, sostiene Coccia. Lo profundo, podríamos decir, no es el fundamento –suelo, centro, estandarte–, sino el abismo de lo común, espacio concreto en que se multiplican las virtualidades, espacio infinito y descentrado en que prolifera la vida pagana. Esto implica pensar el habitar mismo en común no como el establecimiento y normalización de una determinada tecnología de vida colectiva –el “modelo”, por caso–, sino como potencia de transformación y multiplicación de las virtualidades.

Pero hoy mismo, en Chile, “copia feliz del Edén” y “oasis de estabilidad y democracia” en el cono sur de América, estamos en estado de excepción declarado. Primero los policías golpearon y gasearon a lxs estudiantes evasores,

¹⁰Walter Benjamin, «*La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre historia*», fragmento IV, traducción del alemán al español por Pablo Oyarzún, Ediciones Universidad ARCIS / LOM, Santiago, ¹2009, pp. 49-50.

¹¹Emanuele Coccia, «*La vida de las plantas. Una metafísica de la mixtura*», traducción del francés al español por Gabriela Milone, Ediciones Miño y Dávila, Buenos Aires, ¹2017, p. 94.

ahora los militares están matando a lxs manifestantes en las calles. Un estado de excepción declarado por el “partido del orden”, el partido donde “consensan” todos los comensales del orden predatorio y concentracionario neoliberal, con algunos de sus personajes celebrándolo por la televisión llevando chaleco antibalas, otros callando desde la irrelevancia y la ignominia, otros usándolo para apuntalar su retórica del necesario retorno al “consenso”. Un estado de excepción declarado en función de proteger el orden económico-político, social y cultural de un ensamble Estado/Capital bajo cuya imposición y pedagogización espectacular vivimos hace décadas. Un estado de excepción que sirve para sacar a los milicos a la calle a proteger un orden que fundaron la última vez que sacaron a los milicos a la calle e incendiaron cuerpos y palacios. El estado de excepción hace rato es regular, si no declarado. Lo que hoy se desnuda es el núcleo dictatorial de la democracia neoliberal chilensis, el reverso distópico de nuestra condición postcolonial y postdictatorial, el rostro ominoso del fantasma de una larga tradición excepcionalista latinoamericana.

Si la forma de la política predominante es excepcionalista, sacrificial y normalizadora, entonces la apertura heliotrópica del viviente toca el instante del peligro. Ese instante en que el peligro no se refiere tan solo a la posibilidad de seguir vivo o morir, sino más aun, a la posibilidad de quedar o no sujeto a la condición de “herramienta de la clase dominante”, ya sea vivo o muerto – da lo mismo, todo capitaliza. Así, en cada tiempo “ha de hacerse el intento de ganarle de nuevo la tradición al conformismo que está a punto de avasallarla”.¹² En el instante del peligro, entonces, no se trata tan solo de alcanzar el botín –o la reivindicación– que le cae en suerte al vencedor en el juego de las fuerzas y las estrategias, sino también de dislocar la representación dominante de la historia y abrir su cielo despejado para unos modos de relación singular/plurales, anárquicos o democráticos. Unos modos de relacionamiento no gubernamentalizados imperialmente, si se quiere. Pues imperial es la operación de los sistemas que proyectan y

12Benjamin, opus cit., 51.

protegen una forma de vida (auto)interpretada como “ascendente”, mientras otros vivientes son productivizados para la satisfacción de esa clase, o son derechamente sacrificados si molestan más que lo que benefician a esa clase. Entonces se trataría de hacer posible una modalización de las relaciones no antropológicamente normativa, no institucionalmente dispositiva de la vida sobre la vida.

En ese punto la violencia constitutiva de lo político se abre de su condición mítica o finalizada –su “arreglo a fines”– a su condición de medio puro, interruptivo y apertural de otras formas de relacionarnos en y con el tiempo, el territorio, el lenguaje. Las reivindicaciones que puedan surgir como demandas son importantes (las “cosas rudas y materiales” de las que habla Benjamin, “sin las cuales no hay las finas y espirituales”), en ello estamos concernidos, sin duda; pero lo que la revuelta misma abre como experiencia de la potencia común es condición anárquica de la democracia. Se trata en este caso de la experiencia de “esa multiplicidad que permitirá recuperar la democracia” (Alejandra Castillo),¹³ o de “la liberación de los presos en que estalló la imaginación popular y las calles” (Rodrigo Karmy).¹⁴

2.- EL CAPITALISMO INTENSIVO Y LA EVASIÓN.

(...) es a condición de no reconocer ninguna cosa dada, ni ninguna necesidad, y al mismo tiempo a condición de renunciar a una producción del Hombre y del Mundo, que la izquierda puede asumir su sentido (...): el lado de lo que no entrega ni seguridad ni

¹³Alejandra Castillo, «*La guerra contra los pobres*», en El Desconcierto, Santiago, 19 de Octubre de 2019.

¹⁴Rodrigo Karmy, «*A la superficie: 18 de octubre de 2019*», en El Desconcierto, Santiago, 19 de Octubre de 2019.

fundamento. El lado del mundo que viene a descubrirse simplemente como su propio sentido, ni producible ni apropiable, sino “superando infinitamente” todo lo que nos representamos como “sentido”.

(Jean-Luc Nancy)¹⁵

El enjambre de violencias que hacen sistema en un armatoste de violencia estructural no se agota en las prácticas institucionalizadas de autoritarismo político, explotación laboral, precarización por conculcación de derechos sociales, sino que envuelve una serie de violencias promovidas en el nivel micropolítico de las subjetividades y los relacionamientos: violencias de género, de clase, racistas, securitarias, todas ellas violencias que permiten que el toque de queda, antes de ser decretado, ya esté trabajando a los sujetos en sus performances cotidianas, recludos, en “queda” en la autoafirmación de políticas de identidad fuerte que no hacen sino abastecer la guerra civil que nos vuelve contra los otros y contra nosotros mismos. Predación intensiva, capitalismo intensivo. Toda esa política subsumida en la economía del poder empresarial-militar, verdadera cascada trófica como dicen los biólogos cuando se desencadena un fenómeno de predación intensiva en el ámbito no humano, descansa sobre una arquitectura del poder: como ha observado Rodrigo Karmy a propósito de la “Plaza Italia”, hacia el cielo se eleva el edificio de la Telefónica transnacional como la altura del paraíso de la razón neoliberal; los milicos están en la tierra territorializando ese orden nómico con la estatua mineral del general Baquedano en el centro de la circunvalación; y bajo la tierra, circulando tortuosamente por las líneas del tren subterráneo, los “ciudadanos”.¹⁶ Pero ese poder predador no opera sólo verticalmente en el modo de la

¹⁵Jean-Luc Nancy, «*Izquierda/Derecha*», traducción del francés al español por Felipe Kong, inédita.

¹⁶Karmy, artículo cit., s/p.

imposición político-militar (soberanía), sino que viene largamente agenciada su introyección (subiectum) cotidiana, escolar y telemediática en la forma reticular y horizontal del gobierno económico de la vida. Los otrora trabajadores han devenido en las formas subjetivas del “consumidor”, el “recurso humano”, el “capital humano”, el “empresario de sí mismo”, la “familia chilena”, la “sociedad civil” y una serie de formatos circulantes del dispositivo de la persona individualista o familiarista, sacrificial, competitiva y posesiva. El “sujeto” es así, en este modus operandi, el nombre de una invasión, de una territorialización subjetiva y relacional que totaliza el mundo de la vida en el texto soberano de la libertad del capital para emprender la guerra.

Entonces, frente a esta invasión, aparece la evasión como cuestión. El desacato, la interrupción del dispositivo de la deuda sistemáticamente inoculada como hábito, como forma subalternizada y sacrificial de habitar. El tren del progreso hacia el paraíso del homo oeconomicus cultivado por la razón neoliberal chilensis parece haber descarrilado y sus vagones aparecen inflamados en el loop de los plasmas de cada living. Entonces, frente a esta invasión, aparece la evasión como cuestión. Evadir no sólo el torniquete de la circulación reglada metropolitanamente, en el desborde de la desesperación y el coraje de la rebelión, sino evadir la norma antropológica que el orden neoliberal, mediante sus agenciamientos de individualización moral, en la forma del gobierno económico de la vida, totaliza políticamente. Evadir, interrumpir y desactivar, desobrar y dislocar, incendiar el dispositivo de la persona, ese torniquete por el que tenemos que pasar todos los días hábiles e incluso los festivos, para resarcir con la gloria de la obediencia la culpa o deuda originaria con que afrontamos la promesa del paraíso. Evadir la privatura autoritaria del mundo para hacer mundo en común.

3.- EL 18 DE OCTUBRE DE 2019.

En la narración histórica las imágenes nunca calzan. Se ha comparado la revuelta de este 18 de Octubre de 2019 con la “revuelta de la chaucha” de 1949. La figura: la explosión social y el estado de excepción como respuesta. El registro fotográfico muestra las “micros” volcadas por las turbulencias del Chile de 1949, particularmente el 16 y 17 de Agosto de ese año en Santiago. La revuelta detonó, como la de hoy, contra el alza del transporte público: en aquel entonces una chaucha –nombre popular de los 20 centavos de peso–, alza que implicaba prácticamente para los trabajadores optar por no comer para poder pagar el transporte, dada la ridícula proporción –al igual que hoy– entre el ingreso mínimo y el valor del pasaje. Desesperación y rabia, en un contexto que se componía en medio del gobierno de Gabriel González Videla, con un 56 % de pobreza urbana y un tercio de indigencia en Santiago, y que a la sazón había proscrito desde el ejecutivo al Partido Comunista invocando la Ley 8987 de Defensa Permanente de la Democracia, la “ley maldita”, solicitando al Congreso Nacional poderes especiales para “controlar la agitación comunista” que se expresaba en el movimiento sindical. Iniciada por los estudiantes contra el alza de la micro en una chaucha, los trabajadores volcaron buses, autos y postes de luz, interrumpiendo el flujo de la máquina, deteniendo la ciudad, provocando su disfuncionalidad económica. El gobierno de González Videla respondió con una violencia represiva policial que ya detonada dejó ocho muertos y cientos de heridos. En esa ocasión el alza de la micro en una chaucha fue el detonante de una explosión social que daba cuenta de años de violencia estructural, de autoritarismo cultural y político, de explotación económica. Los efectos de la revuelta en términos de las virtualidades políticas que se abrieron fueron la creación del Comité Unido de Obreros (antecedente de la Central Unitaria de Trabajadores) y la rebaja de los pasajes de transporte público para escolares, pero ante todo la experiencia de una insurrección popular frente a la violencia de las oligarquías.

La tierra ha dado hoy dos giros sobre sí desde el inicio de la insurrección popular de este 18 de Octubre y el presidente Sebastián Piñera acaba de declarar que “estamos

en guerra”, contrabandeando discursivamente –en ese “estamos” que parece tan transparente– una “comunidad” que se define contra los enemigos-delincuentes que desafían el texto soberano en su autoridad autoafirmativa y su propiedad concentracionaria. El soberano, en un gesto ridículo y terrible a la vez, enuncia la comunidad sobre la base de un estado de excepción. Estado de excepción en el grado de “estado de emergencia”, según el Artículo 42 de la Constitución, que otorga poderes excepcionales a los militares en la calle para ejercer (exercitus) la violencia conservadora de derecho “en caso de grave alteración del orden público o de grave daño para la seguridad de la Nación”. El derecho como violencia soberana, como proposición violenta del fundamento y gestión comisarial del orden.

Respecto de las motivaciones de la revuelta desencadenada, aludiendo particularmente al alza del transporte –que no es causa sino gota que rebalsa el vaso–, el gobierno de Piñera ha sostenido, con un candor de tonelaje, que esta medida no constituye una decisión política, sino la de un “panel de expertos”. Una decisión automatizada por el cálculo económico de unos expertos descarnados que anuncian con los ojos en blanco las cifras que definen los contornos del aparato automatizado de gobernanza. Lo celestialmente neutral de la decisión “técnica” contrasta ominosamente, sin embargo, con la violencia del gesto de un presidente evasor y represor. Una figura soberana ridícula, que ha evadido la justicia por delitos económicos gracias a sus nexos con el pinochetismo en los años grises de la dictadura, que además ha evadido el pago de impuestos y contribuciones por décadas, y que desde “la más alta magistratura” declara hoy el estado de excepción sacando a los militares a la calle a matar porque los estudiantes pusieron en juego la performance política de la evasión del pago del Metro. Un soberano ridículo que hace eco de la misma doctrina sacrificial que su símil ecuatoriano, Lenín Moreno, ha puesto de manifiesto hace unos días en medio de una puesta en escena análoga: la doctrina que reza que la “dignidad del Estado” está por encima de “unas cuantas vidas” –donde tal “dignidad” del Estado no nombra otra

cosa que la autoridad obedecida y la defensa eficiente del patrón de acumulación de una oligarquía local y transnacional de talante absolutamente rapaz.

La de hoy es una revuelta popular desmarcada de cualquier vanguardia universitaria. Tales vanguardias fueron el sello iluminista de las revueltas estudiantiles del 2011, cuya deriva se tramitó en marchas autorizadas, alegres y pacíficas, que apenas afectaron la normalidad funcional del régimen y que en lo sucesivo terminaron siendo un factor de desorden enteramente administrado; sin embargo, en cuanto manifestaciones, las revueltas estudiantiles del 2011 sacaron a la luz las fisuras del sistema, la violencia estructural de un “modelo” que es obra y legado de la dictadura y que fue administrado y consolidado por la Concertación transitológica. Con ello, los “pingüinos”, los universitarios y los trabajadores suscitaron nuevamente el coraje y los encuentros necesarios para avivar la potencia común de la imaginación. Desde entonces, lo que comenzó a arder lentamente fue el vagón VIP del tren del progreso, donde se cocinan los acuerdos del “consenso” postdictatorial. Eso es lo que hoy arde, la hegemonía que, una vez que termina hecha ceniza en el fuego de la revuelta imaginal, hay que suplementar soberanamente con la violencia necropolítica más arcóntica.

Este 18 de Octubre las acciones estudiantiles de evasión en el Metro fueron seguidas por escaramuzas con la policía – cuando los trabajadores vieron que la policía golpeaba a los estudiantes–, barricadas en las avenidas, el incendio de varias estaciones del tren urbano, además de buses, sucursales bancarias y edificios corporativos. La columna vertebral del sistema de transporte y circulación del precariado fue destruida y la metrópolis parece una máquina descompuesta, trancada. Desde el gobierno se declara jurídicamente estado de excepción y mediáticamente un estado de guerra y se lanza al ejército contra quienes desafíen la autoridad del poder político-militar y empresarial, en orden a que la gente “vuelva a la normalidad”, para restablecer la gobernabilidad y el recto

funcionamiento de “la ciudad” y “la población”, una vez neutralizado el ubicuo “enemigo” –que pueden ser “violentistas” y “delincuentes” chilenos, o tal vez “invasores” o “extranjeros comunistas” enviados por el gobierno venezolano, para citar un par de las figuraciones que más se echan a circular. A nivel molecular se ha estimulado a un sector reaccionario de la población que aparece dispuesto a defender el orden –capitalizando el fetiche del “chaleco amarillo” como “autodefensa”–, proyectando un terrorismo mediático que, a la vez que infunde el miedo a la delincuencia, la invasión extranjera y el desabastecimiento, criminaliza la protesta social como ataque irracional de los “violentistas” a “la ciudadanía”.

4.- WOODBURY.

En todo esto se ha tratado de territorios: que un imperio no vea jamás esconderse el sol sobre sus tierras o bien que una baronía tenga una extensión de cuatro cantones, lo importante es que hay territorio, circunscripción, y por ende obediencia a la autoridad que reina sobre este territorio. La importancia del territorio está en su extensión, claramente, pero esta extensión por sí misma, y los esfuerzos para incrementarla, se valen ante todo, de manera eminente (para retomar un término del derecho antiguo), a su correlación en todos los puntos a una autoridad dada, sea cual sea su origen (mito, conquista, vasallaje, casi siempre todo a la vez). / (...). Ahora bien, simplificando mucho, como es necesario hacer a veces, se puede decir que a la derecha se encontraban aquellos que

adherían enteramente al modelo de territorio provisto por su autoridad. La “derecha” ha permanecido hasta ahora fiel a eso que la califica como el “lado honorífico”. / (...). La derecha, sea cual sea su especie, no tiende primeramente al poder y al orden. Ella lo hace porque su pensamiento mismo está estructurado por un orden imponente (natural, religioso, poco importa) que se impone por sí mismo. La derecha no es solamente aquella que quiere el orden, la seguridad y el respeto tanto de las leyes como de las costumbres. (...). Se podría decir: la derecha implica una metafísica –o como se quiera, una mitología, una ideología– de algo dado, absoluta y primordialmente dado respecto a lo cual nada o muy poco puede cambiarse en lo esencial. La izquierda implica lo inverso: que esto puede y debe cambiarse.

(Jean-Luc Nancy)¹⁷

La declaración del estado de excepción sitúa a Piñera como un agente del ensamble entre Estado y capital que repite hoy el gesto del dictador Pinochet, desplegando abiertamente la defensa armada de la propiedad privada de las corporaciones frente a la rebelión popular contra la dominación política y la explotación económica, la conculcación de derechos sociales y la devastación de ambientes y modos de habitar.

17Jean-Luc Nancy, opus cit., s/p.

Desde la irrupción de la revuelta del 18 de Octubre, en las calles de Santiago –y ahora en diversos lugares a lo largo del país– conviven el encuentro entusiasta y festivo en la rebelión con el horror y la tristeza por quienes han caído desde que se declarara el estado de excepción y salieran los militares a las calles. Pero también ha ocurrido que el gobierno ha incidido en las dinámicas territoriales de la población implementando una vieja táctica de auto-inmunización: situar discursivamente el conflicto entre la “gente de buena voluntad” y los “bandidos”; producir “caos” mediante montajes donde se involucran turbiamente el lumpen mercenario y policías de civil en ataques incendiarios y saqueos; propagar mediáticamente el miedo a la invasión del comunismo internacional, el vandalismo del enemigo interno y el desabastecimiento (el corte de suministros como vieja táctica de “guerra psicológica”), resultando de todo ello un cuadro de “destrucción del país” frente al cual, tras unos días de agobio, la población vería el desate de la acción militar mortífera como una situación límite necesaria para la “salvación del país” y la restauración del orden –legitimando así de paso el trabajo de muerte de los policías y militares que van arrancando a sangre y fuego la maleza del jardín del Edén chilensis.

La ejecución de este conjunto de estrategias devela, una vez más, que el orden en el que vivimos es una obra de muerte que requiere de una base social que lo apoye. El soberano, para ejercer el poder en sentido descendente, requiere del movimiento ascendente de la obediencia de “la parte normal” de la sociedad.¹⁸ Sólo así puede efectivamente criminalizar la protesta social, esa “parte maldita” del cuerpo social, como un ataque irracional de los “violentistas” a “la ciudadanía”. Contra esa enfermedad –la desobediencia como enfermedad del cuerpo social (Hobbes)–, puede el orden del texto soberano inmunitariamente incorporarse y adoptar vida psíquica en la base social de sus “autodefensas” –hoy

¹⁸Georges Bataille, *«El Estado y el problema del fascismo»*, traducción del francés al español por Pilar Guillem, Editorial Pre-Textos / Universidad de Murcia, Valencia, 1993.

uniformadas, como toda fuerza de orden, en este caso adoptando la estética de los “chalecos amarillos”. En comunas del sur de Santiago, particularmente en sectores de lo que se da en llamar “clase media emergente”, grupos importantes de vecinos se han uniformado, armado y atrincherado en sus condominios y pasajes cerrados con vallas hechizas para defender a “la comunidad” y su propiedad de los “bandidos” que amenazan con aparecer como hordas en medio de un apocalipsis zombi. Acá por lo menos nunca llegaron, y los vecinos convertidos en policías sólo se dedicaron a fanfarronear entre ellos, vociferando cómo les darían un correctivo a los bandidos con sus bates de béisbol. En cualquier caso esto no es baladí, pues las ovejas del rebaño que se sitúan rectamente, esto es, a la derecha del Dios-Padre, repiten un gesto muy antiguo: Jean-Luc Nancy ha apuntado por ahí a que “(...) el hecho de encontrarse a la derecha de una persona de importancia tiene desde antaño un valor simbólico; desde la Biblia hasta los protocolos de las cenas privadas se puede señalar ese rasgo”.¹⁹ El gobierno de Piñera, al ver tambalearse los pilares del orden neoliberal, deja de ser el típico sujeto neoliberal calculador y flexible del capitalismo tardío como religión sin dogma, y retrocede situándose en una posición de derecha prácticamente feudal: en el feudalismo no había “izquierda”, pues quienes no mostraban su fidelidad pasaban a ser considerados inmediatamente como la enfermedad satánica del cuerpo social – desobediencia y soberbia, transgresión del orden divino-natural de las cosas, tendencia al no-ser.

Hay una serie norteamericana de televisión llamada «The Walking Dead».²⁰ Es un filme interesante toda vez que el apocalipsis zombi que inaugura en el relato un tiempo de caos post-estatal da lugar a la formación de diversos y más o menos creativos tipos de comunidades y estrategias de supervivencia. Hay comunidades de hippies que devinieron caníbales, hordas de lumpen nómada, entre muchas otras formas. Pero hay una que quisiera destacar: la comunidad de

¹⁹Jean-Luc Nancy, opus cit., s/p.

²⁰«The Walking Dead», producida y transmitida por la cadena norteamericana AMC desde 2010.

Woodbury. Se trata de un pequeño pueblo ubicado en el condado de Georgia, que tras el advenimiento de los muertos vivientes se organizó como un refugio seguro para una comunidad dirigida por un benevolente dictador (el “Gobernador”) que provee estabilidad y normalidad a los sobrevivientes que logran llegar hasta ella y se acogen a su orden. La comunidad se rodea por una valla construida con vehículos en desuso, alambres de púa, neumáticos y tablones de madera, custodiada por vecinos-guardias armados que protegen al pueblo de los “mordedores” que se acercan amenazando su seguridad. La comunidad de Woodbury también se despliega ocasionalmente en la forma de la movilización total contra otros grupos de gente asentada en las cercanías del pueblo, autoafirmando al “nosotros” de la comunidad contra los “otros”, definiéndose por contraste con los “otros”, frente a los cuales habría que inmunizarse para mantener la seguridad del territorio y la población. ¿No son tales vallas hechizas y la movilización total contra los otros, bajo la égida de un dictador benevolente y garante de estabilidad y normalidad, todos ellos elementos presentes en las dinámicas de “autodefensa” promovidas frente a la protesta social criminalizada? ¿No es acaso Piñera una suerte de dictadorzuelo que intenta convertir a Chile entero en algo así como Woodbury? ¿No es la democracia neoliberal de Piñera un tinglado espectacular que descansa sobre la lógica dictatorial de una guerra mortíferamente predatoria y mortíferamente “pacificadora” contra el común de los mortales que no se acoge a la norma antropológica de una vida que se autointerpreta como ascendente?

Woodbury está ardiendo. Y el Gobernador, en lugar de devolver los militares a los cuarteles y abrirse a la virtualidad política de este momentum, ha estado sacando más militares a las calles y con más intensidad asesina. El fuego de la imaginación y del coraje popular ha comenzado a destruir el tinglado de la gobernabilidad del orden neoliberal que intentan sostener los “Gobernadores” del hemisferio – Donald Trump, Jair Bolsonaro, Aldo Duque, Lenín Moreno, Sebastián Piñera, Mauricio Macri y todos los avatares que les han precedido y que les sobrevendrán. El fuego de la revuelta no deja de arder. La revuelta como

insurrección en las calles, pero asimismo la revuelta de la imaginación como potencia común de hacer mundo, la revuelta del pensamiento como rebelión contra la concepción lineal, monológica, monocrónica, evolutiva y sacrificial de la historia, y contra todo sueño antropológico insembrado teológicamente. En una entrevista con Gerardo Muñoz, Giorgio Agamben invitaba a pensar “la relación comunitaria entre un elemento anómico o anárquico y un elemento nómico e institucional. La posibilidad de una política justa depende de esta dialéctica musical entre estos dos elementos”. Y más adelante sostenía que “nuestras sociedades necesitan un polo destituyente y anómico para contrarrestar la carrera ciega de la burocracia tecnológica hacia el futuro”.²¹

Mientras el fuego aún arda, quedará por pensar otros modos de poner en juego la revuelta, la vida en común y la relación misma entre vida y forma –quizás éste sea el problema metafísico-político fundamental. Pero no sólo pensando las derivas revolucionarias en sus momentos destituyentes, sino también lo que puedan ser otros modos de poner en práctica la potencia común constituyente y las instituciones.

Octubre 2019

²¹Giorgio Agamben, “*Los modos están en Dios*”, entrevista con Gerardo Muñoz, en *Revista Papel Máquina*, n° 12 (diciembre 2018), pp. 112-113.

Estado en quiebra. La revuelta como Arca de Noé / Rodrigo Karmy Bolton

1.- En su último discurso, Piñera declaró la guerra al pueblo: “estamos en guerra contra un enemigo poderoso”. No especificó qué o quien era ese enorme enemigo. Dejó, sin embargo, el fantasma de un poder anónimo, sin rostro, encapuchado, si se quiere, que inunda la ciudad y acecha a sus mejores servicios. Al no especificar qué o quien era ese “poderoso enemigo” Piñera inculca la lógica del enemigo interno: al no tener rostro, al no ser un quien, sino un espectro, cualquiera puede ser calificado de enemigo.

La guerra que desató es una guerra contra los cualquiera. No hace falta ser militantes de algún partido político o miembro de alguna organización supuestamente “anarquista” para ser perseguido. Basta ser un cualquiera atosigado por un conjunto de dispositivos cotidianos que modulan capilarmente la potencia de los cuerpos. La guerra contra los cualquiera comenzó hace mucho: en una reedición de la antigua Inquisición, 1973 condensa la violencia estructural de una tierra perdida en el ocaso del mundo que, sin embargo, fue desde el principio fundada sobre la paranoia del enemigo interno en la que se jugaba una querrela permanente contra el “indio”. Sus pactos oligárquicos que han dado lugar a las diferentes formas del Estado desde la Constitución de 1833, actualizan el fantasma que Piñera hoy día ha explicitado de manera brutal.

Pero la guerra contra los cualquiera no sólo modifica el tono de los cuerpos, sino también, el estatuto del propio

Presidente en la que se produce una situación, cuando menos, paradójica: quien es Presidente desata la violencia estatal contra los pobres y, a la vez, renuncia a la política. Si el Presidente renuncia a la política a favor de la violencia significa que ya no está actuando como Presidente, sino como un Tirano. El propio Piñera ha renunciado de facto a su cargo republicano (lo que quedaba de él).

A la inversa: las palabras del general Iturriaga al decir “Yo no estoy en guerra con nadie” no sólo contradicen a su jefe (el propio Piñera investido en Presidente) sino que además, instalan al militar en la posición del Presidente. Así, el Presidente formal (Piñera) ejerce violencia y el General (Iturriaga) actúa políticamente. Los términos están completamente invertidos y, por esa misma razón, dado que Piñera no está ejerciendo fácticamente como Presidente, sino como Tirano, es que ya está renunciado: que el pueblo se lo recuerde en los próximos días y termine por hacerlo renunciar formalmente y para siempre.

Piñera ha devenido Tirano y con ello, ha consumado la imagen prístina de un Estado que se ha ido a la quiebra. No a la quiebra económica, por cierto, pero sí a la quiebra política. Una quiebra económica se define por constituir una situación jurídica en la que una persona deviene incapaz de enmendar los pagos que debe realizar porque resultan superiores a sus activos. Una definición interesante, por cuanto muestra la existencia de un exceso y de una imposibilidad de suturar, la exigencia de pagos y los activos de la empresa. No se trata de una situación posible de resolver desde los activos de la propia empresa, sino de su quiebra, esto es, la imposibilidad de responder a la exigencia de pago.

Podríamos pensar la figura de la quiebra, ahora, en un plano propiamente político: el Estado subsidiario, matriz del Estado chileno, no puede responder al deseo de su pueblo. No puede hacerlo no porque su clase política carezca de

“voluntad”, sino porque estructuralmente ha sido un Estado fundado en base a la negación del deseo popular. Por eso, su articulación se ha erigido en tres tiempos concatenados: un primer tiempo, responde a la violencia de la dictadura y la implementación feroz de las reformas neoliberales desde los años 80; un segundo tiempo, a la articulación de la transición a la democracia que implicó reformas constitucionales consumadas entre 1988 y el año 2005 cuando el presidente Ricardo Lagos sustituye su firma por la de Pinochet; un tercer tiempo, en el que dicho pacto se agota y el régimen neoliberal requiere de una profundización intensiva (que va desde la aparición del movimiento estudiantil del 2011 hasta la fecha) para lo cual ya no necesita echar mano de recursos legales o “democráticos”, sino que apela explícitamente a formas de excepción permanente, tal como han enseñado los demás países de América Latina.

2.- Los tres tiempos de articulación de la matriz subsidiaria del Estado chileno han funcionado, sin embargo, sin modificar sustantivamente su estructura, sin alterar la razón neoliberal que lo constituye. Pero dicho repertorio ha devenido en quiebra porque la potencia de los cuerpos que había podido despotenciarse, docilizarse por algún tiempo, pero con intermitencias variables, regresa ingobernable, enteramente desprendida de la posibilidad que el Estado pueda responderle. En este sentido, no tiene nada que ver con una modernización que podría enmendar su rumbo para “satisfacer las expectativas frustradas” de la “gente” (como creería el sacerdote Carlos Peña), sino de una potencia que simplemente ha ido “más acá” de la domesticación estatal haciendo que el poder implosione por todos lados para afirmar lo único que ha triunfado en estos días: la democracia popular. Por “democracia popular” no habría que entender un “régimen” político preciso (un orden) sino una potencia destituyente que interrumpe la máquina guzmaniana. El triunfo popular –en su anhelo radicalmente democrático de habitar (y, por tanto inventar) un mundo que ha sido sistemáticamente devastado- ha sido el triunfo de la democracia en tanto ha puesto en primer plano la igualdad radical que nos constituye.

El Estado chileno está quebrado políticamente e imposibilitado por la no traducibilidad del “capital financiero” que la oligarquía depredadora ha hecho crecer a borbotones, en “capital político” que parece difuminarse sin retorno. Se ha producido una disyunción radical entre economía y política, un impasse entre la razón administrativa y la soberana que habían sido suturadas perfectamente al constituir la matriz subsidiaria del Estado chileno desde el Golpe de Estado de 1973. La armonía inventada por Jaime Guzmán entre neoliberalismo y catolicismo, entre capital financiero y autoritarismo estatal ha sido interrumpida decisivamente por la asonada popular.

La parálisis domina y la máquina guzmaniana – transversal tanto al conservadurismo como al progresismo neoliberal- no puede funcionar sin sacrificar su propia consistencia: la matriz subsidiaria otrora impuesta por la alianza cívico-militar entre los Chicago Boys y Pinochet. Por ahora, la máquina sólo puede declarar el Estado de Excepción Constitucional para “resguardar el orden público” y dejar que policías y militares masacren a ese “enemigo poderoso” como es la potencia popular, pero está completamente incapacitado para ofrecer algún repertorio político. No porque el gobierno sea poco creativo y no tenga relato (que jamás lo tuvo) o porque la clase política haya perdido astucia (que no tuvo mucha), sino porque, siendo síntomas de la debacle, los recursos políticos e institucionales de la máquina guzmaniana han sido desactivados.

El gobierno está paralizado, la clase política también, pero sobre todo, el Estado está políticamente quebrado: la declaración del Estado de Excepción Constitucional con toque de queda que no funciona del todo porque el pueblo abraza las calles como su hábitat más natural, es signo de que la máquina guzmaniana ya no puede conducir, que no puede convencer, que no puede construir ni hegemonía ni legitimidad que, lisa y llanamente no puede nada.

La impotencia del poder devenida es precisamente lo más decisivo: ella se expresa en la asonada popular que se tomó al país. Los movimientos populares cuya revuelta fue encendida por los estudiantes secundarios, han revocado al poder y han abierto una potencia. No preguntan “quien” sino “qué” podemos hacer juntos o no, qué podemos imaginar en común, qué podemos, entendido en clave de potencia y no en la del poder. Porque la potencia es la capacidad de los cualquiera para interrumpir el continuum del orden político y sus múltiples técnicas de gobierno. Los cualquiera han dicho: no queremos ser gobernados de esta forma, no queremos ser gobernados desde el modelo del Estado subsidiario tan propio de la razón neoliberal y, por eso, hemos destituido al poder, lo hemos llevado a su punto cero mostrando que su modelo está políticamente quebrado.

3.- El día Lunes me encontré a las 11 de la mañana en Plaza Italia. Fui a la marcha convocada para las 14 hrs, pero decidí llegar antes para palpar la atmósfera. Después de todo, la política es siempre un asunto de medios, un problema atmosférico. Comencé a caminar desde Plaza Italia en dirección a la cordillera, esto es, hacia estación Salvador y el panorama era el de las ruinas después de la batalla. El día domingo hubo una gran manifestación y por la noche –en plena declaración de toque de queda- las protestas continuaron. El ácido olor a lacrimógena recorría el camino y quemaba la piel; el plástico quemado penetraba de vez en cuando entre la ruina urbana. Algunos locales incendiados, otros intactos: el Centro Cultura Gabriela Mistral (GAM) intacto, la sucursal del Kentucky Fried Chicken quemada; el teatro de la Universidad de Chile intacto, la sucursal del Banco de Chile quemada enteramente.

La violencia popular no es una “violencia hobbesiana”²² sino una violencia que interrumpe la simbología capitalista con una simbología precisa. No se trata de “vándalos” que simplemente arrasan con todo lo que tocan, sino de movimientos moleculares que, la mayoría de las veces,

²²José Joaquín Brunner *Democracia, violencia y perspectivas futuras*. En: <https://ellibero.cl/opinion/jose-joaquin-brunner-democracia-violencia-y-perspectivas-futuras/>

dirigen su furia contra los signos del poder. Eso no quita, por cierto, que una vez avanzada la revuelta, varias bandas delincuenciales penetren el fragor popular para progresivamente restituir el valor de cambio desde su interior.

Porque ninguna revuelta lleva consigo el signo de pureza. Es “sucía”, transida de mezclas que asoman en la suspensión del tiempo histórico que ella misma ha abierto. Toda revuelta lucha contra sus propias fuerzas centrífugas, porque su potencia se mide en la capacidad de destituir la violencia soberana que, sin embargo, intenta capturarlo. Por eso, una revuelta ha de poner en juego una relación intempestiva con el presente. Ella jamás calza consigo misma pues difiere tormentosamente respecto de sí.

No podemos exigirle “pureza” e “higiene” a la revuelta porque toda dinámica orientada a la “limpieza” o “purificación” sintomatiza el triunfo de la violencia sacrificial. Es el sacrificio el que purifica, el sacrificio el que limpia el mundo para asesinar a mansalva a los “chivos” que cristalizan el mal sobre la tierra. Es precisamente el sacrificio el arma de toda política reaccionaria: “(...) ningún pueblo ha dudado de que hubiera en la efusión de la sangre una virtud expiatoria.”²³ –escribía Joseph De Maistre en su *Tratado sobre los sacrificios*. Justamente la violencia de la revuelta depone la dinámica sacrificial, porque en ella se juega la potencia martiriológica, esto es, aquella que sella sin sangre la revocación de toda soberanía: “Una ejecución política – acierta Paul W. Kahn- leída como un acto de martirio proclama la debilidad no la fuerza del Estado.” Ello, porque el martirio amenaza: “(...) exponer al Estado y su pretensión de autoridad como una nada.”²⁴ La violencia popular es martiriológica en este sentido: su potencia destituye la violencia soberana exponiendo su “debilidad” y disolviendo su “pretensión de autoridad como una nada”.

²³Joseph De Maistre *Tratado sobre los sacrificios*. Ed. Sexto Piso, México, D.F. 2009, pp. 24-25.

²⁴Paul W. Kahn *El liberalismo en su lugar*. Ed. Universidad Diego Portales, Santiago de Chile, 2018, p. 112.

¿Podríamos decir que la noción de soberanía propuesta por Georges Bataille es la de una soberanía verdadera y propiamente martiriológica por cuanto implosiona en el instante en que se ejerce? Y si esto es así ¿no sería la concepción schmittiana de la soberanía una que no ha asumido la radicalidad de su concepto, que no está a la altura de lo que proclama? En cualquier caso, el término “martirio” ha gozado de mala prensa porque, desde mi punto de vista, siempre ha sido concebido bajo el aura sacrificial o, lo que es igual, siempre ha sido representado desde el punto de vista de los “vencedores” que se apropiaron de su concepto para capitalizarlo en función de la restitución del orden. Sirviéndome de la conocida distinción benjaminiana entre violencia “pura” y “mítica”, quisiera diferenciar al martirio del sacrificio y sostener que el primero remite a una violencia popular de corte redentor de carácter destituyente que nada instaaura ni conserva y, en cambio, el segundo será una violencia oligárquica orientada a la instauración y conservación del orden.

A esta luz, una revuelta es martiriológica y no sacrificial, trae consigo el arrojamiento del “trabajo vivo” en el que se juega la afirmación de una potencia antes que la consolidación de un poder. Más allá de la “purificación” propia del discurso liberal en el que se condena “toda violencia, venga de donde venga” es necesario reivindicar la violencia de la revuelta que, sin embargo, suspende a la violencia sacrificial que, una y otra vez, no hace más que ejercer su “mítico” poder de muerte. No se trata de “estetizarla” sino de asumir la materialidad con la que denuncia la injusticia del actual estado de cosas, exponiendo al poder soberano a la desnudez de su nada.

Una revuelta jamás es bienvenida. Pero nunca llega en una forma o modo uniforme, sino siempre diferente, múltiple e intensa. Tampoco es predecible. Todos los esfuerzos por identificar sus causas siempre llegan al límite de plantear: si las condiciones estaban ¿por qué se encendió la

mecha en ese mismo instante, no antes ni después? Entre las condiciones y su estallido siempre ocurre algo clave: un asesinato, un acto de radical injusticia contra ciertos cuerpos, cometido por el ejercicio de violencia estatal.

En la Primavera árabe la inmolación de Mohamed Bouazizi frente a la comisaría, fue el operador imaginal que gatilló la revuelta, en el Chile del 18 de Octubre fueron los miles de estudiantes secundarios reprimidos brutalmente por la fuerza policial. A cinco días de la proclamación del Estado de Excepción Constitucional acompañado del dispositivo del toque de queda por las noches, el Instituto Nacional de Derechos Humanos contabiliza, al menos, 17 asesinados por “agentes del Estado”: la violencia sacrificial se cristaliza con policías y militares en las calles.

En sus diversos modos de protesta (irrupciones violentas o manifestaciones pacíficas) sólo la revuelta podrá destituirlos y abrir un campo de lo posible en el que comparezca una nueva época histórica. En medio de la quiebra de un modelo de Estado implantado con violencia en 1973, asistimos a un “comienzo”: “Cuando el Antiguo Testamento –escribe Edward Said– Dios elige iniciar el mundo nuevamente él lo hace con Noé; las cosas han ido muy mal y, desde que él tiene su prerrogativa, Dios desea un nuevo comienzo. Pero es interesante que, en sí mismo, Dios no inicia todo desde la nada. Noé y el arca condensa un fragmento del antiguo mundo iniciando así un nuevo mundo.”²⁵ La observación de Said es clave.

Lejos de la tesis teológica que subsumía el inicio a un origen que creaba el mundo ex-nihilo, Said apunta al modo en que el nuevo comienzo implica traer consigo algo del “antiguo mundo”. El elemento nuevo surge con lo antiguo, en virtud de sus condiciones materiales que, en la lectura saideana, sufren una recomposición, adquieren un nuevo uso

²⁵Edward Said *Beginings. Intention and Method*. Ed. Columbia University Press, New York, 1985, p. 34 (trad. mia).

porque se les imagina de otro modo: comenzar es imaginar y la revuelta una verdadera Arca de Noé en la que la imaginación popular transforma radicalmente el presente.

Octubre, 2019.

Neoliberalismo y gobernabilidad: La revuelta y sus alcances (Primera parte) / Sergio Villalobos-Ruminott

Las potentes manifestaciones populares que están aconteciendo en Chile desde la semana pasada, son una indicación de varios procesos sociales y políticos que es necesario desenredar para entender en toda su complejidad. En efecto, lo que comenzó como una evasión juvenil del pasaje del Metro, pronto, y por la negligencia de las autoridades de gobierno, se convirtió en una inédita forma de insurrección popular, caracterizada por marchas, cacerolazos, protestas y meetings en lugares emblemáticos, pero también por la ruptura radical del cordón umbilical que ataba la ciudadanía al sistema político institucional. Quizás en estos días lo más importante sea destacar, precisamente,

estas dos situaciones: la transformación de la revuelta estudiantil en revuelta popular, entendiendo lo popular en su condición heterogénea y no identitaria, por un lado; y, por otro lado, la puesta en práctica de las capacidades de autoorganización de diversos sectores de la sociedad, en términos transversales, interseccionales y a nivel nacional, haciendo que la evasión del Metro quede cifrada como el origen puntual de un proceso de destitución más amplio.

Una de las mayores dificultades que enfrentan estas organizaciones es, sin embargo, su invisibilización por parte de unos medios de comunicación abocados a sostener el relato inculpatario que criminaliza la protesta social mediante una insistente retórica, discursiva y visual, enfocada en los incendios y saqueos, muchos de ellos de dudosa procedencia. Sin embargo, no basta con mostrar que los saqueos responden al cálculo oportunista de un gobierno que, mediante la propagación del miedo, quiere justificar su excepcionalismo fáctico y su militarismo destemplado; tampoco basta con mostrar cómo estos medios de comunicación, monopolizados por los grandes grupos financieros, funcionan como aparatos propagandísticos al servicio de la gobernabilidad neoliberal. Es necesario mostrar y enfatizar que la gobernabilidad neoliberal descansa, ella misma, en un delicado equilibrio juristocrático, ciego por definición a todas aquellas manifestaciones de democracia y participación popular que se desarrollen más allá del estrecho marco constitucional en el país. Y sería este estrecho equilibrio el que ha sido develado en su precariedad constitutiva gracias a las insistentes manifestaciones de estos últimos días.

En este sentido, se podrían pensar estas inéditas manifestaciones populares no solo como una extraña evocación de las jornadas nacionales de protesta de comienzos de los años 1980, las que hicieron tambalear la gobernabilidad dictatorial, antes de ser cooptadas por la lógica representacional de los partidos de oposición que terminaron por convertirlas en un capital electoral que

sustentó, a su vez, el pacto de gobernabilidad durante los treinta años posteriores al golpe. Hay algo más en estas manifestaciones, pues ellas ponen en evidencia el agotamiento radical de un horizonte categorial marcado por las tibias dinámicas de la transición a la democracia. En este sentido, las recientes manifestaciones muestran claramente dos cosas: que la dictadura no había terminado con la transición, y que la legitimidad misma de la transición está finalmente agotada. En otras palabras, las protestas y manifestaciones han dejado en claro que el marco juristocrático en el que habitamos sigue siendo el de Pinochet y que las reformas y modificaciones de los últimos años son solo decorativas, pues tan pronto como se anuncia una posibilidad de cambio más profundo, todo el sistema institucional reacciona, sin descaro, apoyando la restitución militarizada del orden social.

En este contexto, la decisión de Sebastián Piñera de aplicar el artículo 42 de la Constitución, relativo a la declaración del estado de emergencia, no inaugura nada nuevo, más bien confirma y devela la condición excepcional en la que se encuentra el país desde el golpe de Estado de 1973 y desde la imposición fraudulenta de la Constitución de 1980. En otras palabras, el presidente, atemorizado por los incidentes provocados por la sostenida negligencia del mismo gobierno al desoír los múltiples reclamos de la población contra sus medidas de ajuste neoliberal, ha decidido aplicar el artículo 42 de la Constitución de la República de Chile. Este artículo trata, precisamente, de la declaración del estado de excepción constitucional, cuestión que no puede esconder una paradoja muy relevante; a saber, se trata de una Constitución que se pone en suspenso a sí misma, según la voluntad soberana del presidente, es decir, según la voluntad del soberano. Sin embargo, el otro aspecto de esta paradoja auto-fundacional de la juristocracia constitucional chilena, aspecto que aparece frecuentemente velado y silenciado, está relacionado con el carácter radicalmente ilegítimo de la misma Constitución, es decir, con su condición fraudulenta y con su imposición autoritaria sobre la población, junto a la serie de mecanismos de auto-inmunización que hacen imposible su modificación hasta el día de hoy. No me refiero

solo al sórdido origen palaciego de la Constitución del 1980, sino a la sacralización general del derecho en el constitucionalismo contemporáneo y sus procesos inmunitarios para resistir diversas oleadas democratizadoras. En este sentido, la Constitución de 1980 es tan ilegítima como toda constitución fundada en un mecanismo de auto-preservación. Ese mecanismo define, precisamente, el pacto juristocrático de las democracias liberales occidentales desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. En este sentido, no se trata solo de mostrar el origen fraudulento de la Constitución chilena, sino de apuntar a su eminente violencia mítica en la medida en que siempre se la invoca como garante y límite de un orden naturalizado. Se trata entonces de cuestionar tanto su origen como su función disciplinante, gubernamental y preventiva.

El resultado de todo esto es el siguiente: la declaración del estado de excepción constitucional es, de hecho, el reconocimiento del estado de excepción constitucional en el que vivimos desde el 11 de septiembre de 1973, y que tanto la Constitución de 1980, como su re-legitimación durante la transición, no hacen sino confirmar. El estado de emergencia declarado la noche del viernes 18 de octubre por el gobierno, no solo pertenece al mismo marco histórico del golpe, sino que lo repite, y al repetirlo, desbarata no solo la retórica transicional, sino la misma pretensión de la derecha chilena de ser percibida como democrática y liberal. La sordera característica de los diversos sectores políticos participantes de la “transición” los hace cómplices “involuntarios” en el forjamiento de una situación cuyo desenlace se comienza a percibir cada vez más claramente.

La tan festejada transición se muestra ahora como “la continuación de la dictadura por otros medios”, es decir, la transición no es sino la regulación de la guerra (según intensidades variables y relacionadas con el ritmo de los procesos de acumulación), en cuanto condición de posibilidad de la dictadura. La dictadura, en tal caso, se justifica siempre como intervención pacificadora. Es dentro y

no contra esa paz dictatorial que la transición organiza el relato del progreso y la modernización, ocultando el anverso de los brutales procesos de expropiación y acumulación que la dictadura no solo instaura, mediante la implementación fáctica del neoliberalismo, sino que defiende a toda costa. El ejército en las calles, un acto grave en sí mismo, adquiere entonces una gravedad mayor en este contexto, porque más que ser un argumento persuasivo es, lisa y llanamente, un acto denotativo que marca el límite de la fantasía democrática chilena.

Sin embargo, lo que nadie podía anticipar está comenzando a ocurrir: la gente ha decidido mantener las protestas a pesar de las amenazas y los ataques policiales y militares, a pesar de los montajes del gobierno y la prensa oficial, y a pesar de la apelación al caos, los cortes intencionados de agua, la retórica del miedo y las amenazas existenciales. Una nueva felicidad se funda en la rebeldía que implica retomar el uso común de lo público y, a partir de allí, comenzar un proceso de construcción alternativo. Quiero, sin embargo, ser muy claro al respecto: no me interesa el gesto romántico y profético que ve en estas revueltas una explosión de la multitud y la fundación de un proceso radical y constituyente, basado en una rebeldía que bien puede ser pensada como el anverso de la violencia mítica del derecho, una forma resentida de la venganza. Tampoco quisiera subestimar la inclinación natural de la derecha y de los sectores políticos oficiales a usar la violencia militar en defensa del Estado de derecho, sin reparar en la cantidad de víctimas que tal represión potencialmente producirá; por el contrario, dependerá de la capacidad de auto-organización de los movimientos populares, en toda su heterogeneidad, hacer de estos eventos, realmente, el fin de la ilusión transicional, terminar con la democracia 'en la media de lo posible' y sentar las bases para una verdadera democratización que pasa, necesariamente, por una asamblea constituyente y por la cancelación del pacto de gobernabilidad del gobierno y la oposición, uno de los más flagrantes crímenes de la política neoliberal contemporánea, que el mismo gobierno intenta nuevamente restituir mediante una negociación a espaldas de los movimientos sociales y sus organizaciones. Sin embargo,

eso requiere un realismo de nuevo tipo, capaz de negociar directamente, sin la mediación tradicional de los partidos implicados en el fraude, en función de la paulatina institucionalización de una nueva democracia. Es decir, requiere mantener las dinámicas de auto-organización popular, interseccional y transversal, y sus lógicas no institucionales de articulación, para triangular exitosamente el pacto auto-referencial de la gobernabilidad chilena. El efecto último de la revuelta no es la fundación de un nuevo orden, sino la contaminación profana del orden sacralizado por los dominadores.

Después de todo, el llamado a un nuevo pacto social no debe ni tiene porqué ser leído solo como un llamado a restituir la clásica política del compromiso de clases. No se trata, por supuesto, de que no sean necesarios los compromisos, pero ningún compromiso puede ser más importante que la misma democracia, más allá de su secuestro juristocrático y su reducción procedimental. Solo para aquellos que complicitan con el secuestro institucional de la política, el énfasis en las organizaciones sociales puede aparecer como romántico o ineficiente, pues lo que hace posible dicho secuestro es la misma invisibilización de las dinámicas de cooperación y participación que ya siempre están teniendo lugar antes del momento de la revuelta. La revuelta, en este sentido, es una dislocación del orden que deja ver, por un momento, que las cosas podrían ser, perfectamente, de otro modo. Coordinadoras de trabajadores, de estudiantes, de vecinos, formas locales y regionales de organización, de apoyo, de lucha, muchas marcadas por el infame crimen de la dictadura, y otras nuevas, surgidas de las mismas dinámicas de la explotación neoliberal contemporánea, movimientos de defensa de derechos minoritarios, étnicos, sexuales, ecológicos, en convergencia con lógicas comunitarias, municipales y con militancias de base; barras bravas y clubes culturales, etc. No ver todo esto es, precisamente, estar preso del pacto juristocrático y su gobernabilidad neo-corporativa.

No está demás tampoco inscribir la singularidad de la revuelta chilena en el contexto regional, e incluso global, en el que desde las protestas que llevaron a la renuncia del gobernador Ricardo Roselló en Puerto Rico, el verano pasado, hasta el levantamiento generalizado de la población en Ecuador, hace algunos días, o actualmente en Haití, se aprecia una crisis creciente de la gobernabilidad neoliberal. En efecto, el llamado giro a la derecha que habría comenzado, en el contexto hemisférico con la elección de líderes de centro y extrema derecha, tales como Donald Trump, Jair Bolsonaro, Mauricio Macri, Sebastián Piñera o, incluso, en Colombia con Iván Duque y la continuación del uribismo, no solo habría marcado el fin de la llamada “marea rosada”, sino también el agotamiento de lo que Maristella Svampa llamó “El consenso de las mercancías”, esto es, una gobernabilidad basada en la promesa del consumo y la hiper-explotación de recursos naturales. Es importante entender que, en este contexto, el neoliberalismo, lejos de haberse agotado con la recuperación de la democracia a nivel continental en las décadas recientes, se adaptó, flexible y dinámicamente, a la nueva coyuntura política, caracterizada por gobiernos de centro-izquierda que, más que producir cambios sustantivos, abusaron de una retórica radical pero no muy efectiva. Sin embargo, esa capacidad de metamorfosis del neoliberalismo no es infinita, en la medida en que, como tal, el neoliberalismo es una radicalización de los procesos de explotación y acumulación que han definido al capitalismo históricamente. En este sentido, la actual crisis de gobernabilidad neoliberal está directamente relacionada con la baja inevitable en la tasa de ganancia, baja que los grupos financieros e industriales dominantes no están dispuestos a sobrellevar, transfiriéndola a la población, cada vez más precarizada. Frente a esto, se necesita una nueva forma de entender la política democrática, pues las viejas estrategias de la gobernabilidad neoliberal están acabadas. Si el límite histórico de la gobernabilidad neoliberal fue la administración de lo social y su contención, para asegurar la continuación de los procesos de extracción y acumulación, hoy en día, la crisis expuesta en la diversidad y abundancia de protestas sociales, debe abrir la posibilidad de un tipo de práctica política que no se limite a la mera administración del chorreo. Es necesario no solo recuperar el histórico

distribucionismo benefactor, sino llevarlo a cabo mediante la restitución de una (im)propiedad común basada en el uso colectivo de los bienes, más allá de la apropiación capitalista contemporánea.

En otras palabras, la innegable torpeza e insensibilidad de Sebastián Piñera y sus asociados para declarar el estado de emergencia, luego declarar la guerra contra la población civil y llamar al orden de manera vacía y obtusa, a espaldas de los movimientos y organizaciones sociales, no son solo atributos notorios de su ‘liderazgo’, sino síntomas del agotamiento mismo de la gobernabilidad transicional. Sin embargo, lejos de predicar una crisis terminal del capitalismo, una debacle del neoliberalismo, o la aparición intempestiva de la multitud como un sujeto negado por la historia, tiendo a pensar que nos encontramos en una difícil encrucijada: o fortalecemos las capacidades de auto-organización popular, más allá de los niveles locales, estableciendo redes de cooperación internacional y procesos de ayuda material efectiva, o caeremos nuevamente en la lógica del cordón umbilical con el que seguiremos amarrados a los procesos institucionales de cooptación y representación con los que se ha perpetuado la gobernabilidad neoliberal a nivel global. No hay razón para ser optimistas, sobre todo si el fascismo militarista y securitario neoliberal sigue latente y asechando, pero frente a todo esto, lo único realmente posible es seguir fortaleciendo las formas de organización social y sus imaginarios democráticos, inclusivos y transversales.

Octubre 2019

El instante de la política / Federico Galende

Si la memoria no me falla, es en Filosofía del Presente que Badiou da el ejemplo del matemático Arquímedes, un griego de Sicilia que, tras la invasión de los romanos, dibujaba tranquilamente una figura geométrica sobre la arena cuando un soldado se le apareció de la nada para decirle que el general Marcellus quería verlo. Arquímedes no le respondió, siguió concentrado en su tarea y el soldado volvió a repetirle el mensaje dos o tres veces. Finalmente, Arquímedes levantó la mirada, le dijo al soldado que le permitiera seguir con su demostración y recibió a cambio un sablazo en la cabeza que hizo que se desplomara muerto sobre la arena y borrara con su cuerpo la figura geométrica en la que trabajaba. Sabemos hacia dónde apunta Badiou con este ejemplo: entre el poder de los invasores y el acto creativo de un matemático no hay una medida en común, entre otras cosas, porque lo segundo permanece enfrascado en la inmanencia de sus propias reglas. En una situación como ésta, uno debe tomar una decisión: o está con Arquímedes, o está con el soldado invasor.

La situación sirve para ilustrar un poco lo que está sucediendo en Chile: hay quienes a derecha e izquierda están del lado del orden explicador -justifican con timidez la militarización de las calles, le ponen un paño frío al fervor de la gente o se alimentan parasitariamente de la impotencia que siguen atribuyéndole al pueblo- y hay quienes están con Arquímedes, del lado de ese fugaz acto creativo con que escriben las multitudes un libro sin prólogos ni desenlaces, cerrado sobre sus reglas misteriosas y esbozado en el corazón de la nada. Si en defensa de esto último hay poco que decir, se debe a que las sublevaciones son revoluciones

indocumentadas, gestas sombrías sin papeles ni agendas que trazan con el tímido rigor de un Arquímedes un texto que se ramifica a orillas de las lamidas de la historia.

Entonces hay que pensar este tiempo, porque no es que las sublevaciones no hayan existido antes y que, de repente, el ahogo elocuente de la razón moderna o la desaparición de las grandes filosofías de la historia las hayan puesto de moda; existieron siempre, solo que en calidad de hermanastras pobres de la revolución. Por eso no es fácil comprenderlas del todo ni arriesgar diagnósticos precipitados, pues en realidad habitan en otro tiempo, no en uno que está por llegar o que se marchó dejando en el aire una estela perdurable, sino en un tiempo que se es suficiente a sí mismo y se muestra por esta razón demasiado arisco o sensible a los dictámenes de los académicos o los periplos del profeta que se anticipa trayendo una buena nueva de algún futuro.

Es sin pasado y sin futuro, como el instante del despertar. De ahí quizá la consigna: Chile despertó. Es una consigna bastante rara, que declara para sí misma lo que acaba de suceder haciéndola suceder por el solo hecho de que la declara. Se puede despertar así también, autodeclarándose en un sueño sin afuera que se acaban de abrir los ojos. En efecto, si el despertar del sueño al interior de otro sueño es una mónada sin ventanas, a quien puede importarle que sea verdad. La parte faltante, en caso de que alguien la imagine, no puede esgrimirse porque el universo de conceptos con los que se lo haría está fuera de la realidad o, si se prefiere, destituido de antemano. Se podría decir entonces que no hay nada que decir, pero tampoco esto es posible, pues no tener nada que decir y hacerlo a la vez es la punta de ovillo de toda escritura.

Una forma que piensa: es el principio del cine, pero es también el principio del pueblo, puesto que el pueblo configura una forma colectiva del pensamiento cuyas vigas no están en el porvenir ni en el pasado. Esto significa a la vez que, sin ser parte del poder instituido por el invasor, no comulgan con las variantes de la práctica instituyente

esbozada como un fármaco prometido por el vanguardista sabelotodo. ¿Y entonces qué? Entonces estamos en el terreno anómalo de una potencia inoperante que esquivo el cemento de las ideas para servirse su sensibilidad a sí misma, digamos que en el caldo común en el que se calienta un guiso con despuntes, contagios y roces, en una marmita heterónoma al arsenal de los nombres y las categorías. Un disparo bien rumiado del profesor Carlos Peña, con sus frases pulidas y sus aciertos de picarón atinado, no difiere del que suelta la boca de una metralla. Son balas endemoniadas de las que basta su redondez para que se las deseche. Lo que las deshecha es el instante creativo de la política, formado por una puntuación pensativa que hace que cada quién se extrañe a sí mismo en la hoguera que reanuda una nueva comunidad entre los cuerpos, los textos, las imágenes y las voces.

El instante en cuestión, acentuado en ese desperizado que se declara súbitamente despierto, forma parte de un tiempo nuevo. Aunque valdría la pena insistir: no es nuevo porque esté a punto de suceder o porque se ha escabullido de una cripta rasgada, es nuevo en su duración plena, o acaso en su modo de destituir en la instantaneidad las formas mismas del pensamiento del tiempo. ¿Existirá otra soberanía que no sea ésta? El despertar es una bocanada que traspasa las orlas de humo, las bocacalles militarizadas, el edicto neoliberal de la vida como capital humano y la administración del estado como una empresa que pasa los números en azul ante la auditoría del FMI o el Banco Mundial.

Es lo que no comprendió Piñera cuando dejó escapar la palabra guerra. Pensó que si lo hacía, señalando a un enemigo que tuvo la precaución a la vez de no identificar del todo, daría un mensaje preciso al sistema financiero internacional, pero el interlocutor no existía y lo único que consiguió fue encender la misma mecha con la que los cosacos, un siglo atrás, habían hecho arder las escalinatas de Odesa, después de que en un legendario acorazado los marinos protestaran por la carne podrida. A pesar de que se le dio a aquel pathos inmemorial de “bocas abiertas, ojos desorbitados y cuerpos extáticos”, la forma de un emblema de pensamiento en imágenes que puso a correr la revolución tratando la fenomenología del espíritu por medio del mundo

encantado de las figuras en movimiento, lo que recordamos no es la carne podrida sino su aventón, el punto de partida de una sublevación que, como la que está teniendo lugar en Chile, enhebró el aumento de una tarifa en el metro con la palabra guerra para recortar un cuadro social que hace de los medios de transporte un enemigo episódico.

¿Y las cacerolas? ¿Qué hacen esos objetos domésticos parlantes monologando con el metal de su voz en medio de las alamedas que se siguen abriendo? También hay aquí un cuadro histórico resumido, una cita del allendismo por medio de la reunión de materiales que esperaban una última articulación. ¿No habrá una sobrecarga musical y coreográfica tal vez muy literal con la última voz que resonó dignamente en aquel Palacio? Proponerlo es de por sí rebuscado, pero, así y todo, las cacerolas puntúan rítmicamente la invención instantánea de una soberanía. No es una “soberanía en suspenso” -si el autor de esta pieza maestra de vocación posdistrital me lo permite-, sino al revés: es el suspenso mismo el que, no respondiendo a la impotencia de las teorías biopolíticas ni a la musculosa prometeica de las vanguardias utópicas, cobra la forma etérea de la soberanía.

El suspenso como soberanía es el guion incompleto de un mito que no se inscribe en la historia como curso, sino que se ensancha en el espacio. Ondulaciones, relieves, chispazos que emergen borrando sus motivos, soles momentáneos y refulgentes en el cielo anónimo de lo humano que desfiguran la historia imponiéndole un ralentí barroco o una velocidad retardada. Es más lenta que la televisión, que muestra las hogueras donde se queman las grandes ideas y se incendia el patrimonio letrado de la república con demasiada celeridad, en circunstancias en las que esta misma celeridad es desdeñada por un pensamiento instantáneo y colectivo que se toma el tiempo para sí mismo. No es que los medios censuren; sobrevuelan con una densidad técnica que ha quedado fuera de la política las causas de un momento tensado entre el festín y la desolación.

Aparece entonces esta excepción, acompañada de su imprevisible instantaneidad creativa, y mientras el gobierno exhibe su caudal voraz y fascista, apresurándose a tacharlo todo de vandalismo para ocupar un arsenal en desuso y volver a poner las metralas sobre cabezas arrebatadas a la multitud, la gente sigue creciendo en las calles. A la mañana siguiente se dirá que hubo desmanes en el segundo o el tercer círculo de un distrito definido verticalmente, pero la multitud no es una unidad: sale a la calle desde diferentes rincones para dejar atrás la ideología del infortunio como una responsabilidad personal y llega a las plazas a elaborar un libro en proceso, escrito en un registro que arruina la repetida puntuación del poder. Chile no está muerto. Y esto lo sabemos más hoy que ayer, gracias a un pueblo que lo recrea y lo elabora, con las estrofas de un cántico que conmueve y a la que aporta su consabido sinfín de variaciones. Es el instante de la política. No se puede saber cómo sigue la historia -jamás un pueblo lo sabe-, pero se puede ser feliz teniendo por ahora la sensación de que de esta historia formamos parte, la vivimos y la estamos protagonizando.

Octubre 2019

¿CÓMO NO capitalizar la revuelta? ¿Cómo no decapitar la capitalización en el capitalismo más capitalino, junto

a Corea del Sur & Co.— ahí donde la colonización capital de la “vida” (la salud, la educación, la previsión, el saber,

etc.), logósfera o era planetaria de la técnica, se inscribe más que inquisitorialmente, automáticamente día a día?

Falsas partidas — a evadir: 1. Tomar tal revuelta por la revuelta (concepto, nombre propio, simbología, etc.)

o, mismo, volver a suministrar su sino como su vuelta.

2. Tomar pregunta por respuesta, por más indecible

que una como otra fueran. ¿Cómo es esto? ¿Cómo no capitalizar esta revuelta? Lo cual no significa, claro [...]

¿Más y menos? W. Benjamin, “Kapitalismus als Religion” (1921), A. Métraux, La religion des Tupinamba (1927),

Andrés Ajens

[3.II.19, Pirque]

El negro matapacos y los símbolos de la revuelta / Mauricio Amar Díaz

Existen símbolos de la revuelta que son impuestos desde el poder y otros que crea el pueblo. Ese es un poder exclusivo de la revuelta, porque en el tiempo normal, en aquel que se nos muestra lineal y homogéneo, ni el pueblo es pueblo ni sus símbolos son propios. La revuelta hace que el pueblo invente símbolos que, por supuesto, provienen de los lugares más subterráneos de la memoria. De oscuros laberintos cuyos pasos habían sido bloqueados durante décadas o siglos. La creación de dichos símbolos forma parte fundamental de una revuelta popular, porque a través de ellos el pueblo existe en la forma de lo común. Son los códigos de una extraña telepatía que hace que las cosas no queden frenadas en algún anuncio del poder, puesto que cada mensaje del gobierno es pasado por el tamiz de su red de significados.

Al menos dos símbolos surgidos espontáneamente desde el pueblo son el negro matapacos y la bandera mapuche. Dos símbolos que con algunas diferencias quieren decir lo mismo. Por una parte el negro matapacos como quiltro enrabiado, perro no sumiso y, sin embargo, amigo de algunos humanos, los oprimidos. Que muchos manifestantes usen su pañuelo en las protestas es la muestra clara de que el negro matapacos simboliza el quiltro que todos somos, la mezcla infinita que forma nuestros cuerpos, sin ninguna pretensión de blanqueamiento, o definitivamente contra todo tipo de pertenencia a una raza, un grupo privilegiado o una forma de vida original. El negro matapacos destruye incluso la búsqueda de superioridad humana y enlaza al pueblo con el animal, unificando de manera absoluta alma y cuerpo. Ya no hay algunos con alma

y otros con cuerpo, sino sólo mestizos. Una forma-de-vida inapropiable por el poder.

En un hermoso libro titulado Perros, el filósofo francés Mark Alizart nos ha mostrado que el perro, figura vilipendiada de manera especialmente injusta en la modernidad, fue antaño el animal que se nos unió con cariño, nos cuidó de los peligros externos y nos dio la posibilidad de disponer de un tiempo de ocio, indispensable para el surgimiento de la filosofía y las artes. El perro se muestra sumiso la mayoría de las veces, pero no duda en defendernos cuando lo necesitamos, no por una simple orden, como lo hacen los agentes de la represión, sino con el amor profundo de un amigo. Sin lugar a dudas, el negro matapacos es el símbolo bello del amor a la revuelta, no por que ella sea violencia, sino porque apela antes que al horizonte de futuro, al reconocimiento del mestizaje común que nos tiene aquí en las calles pensándonos como parte de algo común.

Decía que no es tan distinto el caso de la bandera mapuche que, como hemos visto, aflora en cada protesta como una suerte de bandera del pueblo, diferente de la del Estado. Obviamente en este caso hay un asunto que resolver con el pueblo mapuche, porque es una bandera prestada y, al mismo tiempo, apropiada. El pueblo se reconoce en la lucha del pueblo mapuche, pero también se identifica a sí mismo como mapuche o, al menos, lo mapuche funciona como la parte eternamente oprimida del mismo pueblo. Al igual que con el negro matapacos la bandera mapuche transporta al pueblo a un lugar originario, la potencia de la mezcla, que había sido blanqueada por años de historia oficial. Y ahora, sale así nomás, el cuerpo mestizo enarbolando una bandera que en la plaza ya no significa sólo mapuche, sino sobre todo oprimido. Allí el pueblo mapuche no es suprimido como antaño quiso hacerlo la izquierda en general, sino que aparece como una singularidad potente en tanto todos saben que esa es la bandera mapuche, e igualmente como una potencia común, dado que es la bandera de todo un pueblo al que se le ha borrado por siglos la heterogeneidad que le constituye.

Existen también algunos símbolos impuestos por el poder. El más brutal de ellos es la ceguera. Los ojos de los

chilenos baleados por la violencia del Estado son el símbolo de un gobierno que no ve y no quiere que otros vean. La intervención de los ministerios de educación intentando disminuir las horas de historia y filosofía, además de la ya inexistente educación cívica, fueron los primeros balines y perdigones en los ojos, buscando dejar tuerto o ciego al pueblo. Y parecía que lo habían logrado. Ahora sabemos que los ojos baleados serán la ceguera necesaria para no mirar atrás. La ceguera que agudiza otros sentidos que el poder no sabe cómo controlar. El negro matapacos es, en el tiempo de la revuelta, el perro guía de los ciegos.

Los símbolos de la revuelta son extraños en el tiempo normal. Sólo hacen sentido cuando los relojes se rompen. Sin embargo, cuando el tiempo histórico retome su curso, el pueblo ha de conservar la potencia absoluta que le pertenece. No para actuar en cada momento, sino para actuar cuando sea posible. Cada vez que se vea fracturada su vida por el poder, el negro matapacos podrá volver a morder con fuerza nuestras ropas para recordarnos el quiltro que nos ha hecho aparecer en escena desde siempre.

Noviembre de 2019



Población La Bonilla, Antofagasta. 21 de noviembre 2019.

Afirmar la rabia y consumir el rechazo. La revuelta en los bordes de la politización del pueblo / Rudy Pradenas

*Las luces son
guerra*

*Los amigos y
la familia*

Son guerra

*Yo esta noche
de sacrificio*

*Soy la menor
de las guerras.*

Daniela
Catrileo

*Somos irrepresentables. La
oscuridad nos define y el anonimato
es lo que nos une.*

Santiago López Petit.

I

Guerra

Cuando Sebastián Piñera declaró la guerra a la comunidad en resistencia el pasado 20 de octubre, la sociedad civil respondió al unísono: “No estamos en guerra”. Sin embargo, aquellos que sabían que esta guerra existía desde

mucho antes (es decir, aquellos que incluso quedan fuera de esa imagen hegeliana de la sociedad civil) solo siguieron resistiendo. Esta guerra que Piñera hizo evidente ya ocurría desde que la dictadura institucionalizó la democracia protegida y convirtió al Estado en el brazo armado del capital contra los pobres. Porque Piñera, al declarar la guerra contra un enemigo sin nombre y sin forma, que en última instancia somos todos los que no detentamos el poder gubernamental, no la originó, sino que solo hizo evidente esta guerra soterrada que muchos vivían hace ya muchas décadas. Entonces, hizo explícita la guerra que se libraba contra los más desposeídos y la extendió sobre la así llamada clase media, es decir, contra aquellos que pensaban que vivían en paz, mientras día a día eran obligados a devorarse unos a otros en el salvaje estado de naturaleza neoliberal. Al declarar la guerra, Piñera nos hizo conscientes de que no solo los mapuches vivían en territorio ocupado: todo el país es territorio enemigo. Desde ese momento, por lo tanto, “no podemos hablar sino en territorio enemigo, en un espacio donde toda palabra, captada por el adversario (...)[,] será puesta a su servicio”²⁶. La guerra de Piñera siempre estuvo presente en cada una de las leyes pactadas de la Transición, porque esta es la misma guerra brutal y unilateral que Pinochet llevó a cabo en las poblaciones y que Ricardo Lagos y Michel Bachelet continuaron en el Wallmapu. La guerra de Piñera es la guerra que se ha llevado a cabo en la Legua Emergencia militarizada (la cual nunca ha salido del estado de emergencia desde su origen en 1951)²⁷; es la guerra contra los cuerpos de las mujeres que siguen cautivas del derecho dictatorial, obligadas a parir por la fuerza; es la guerra contra los migrantes pobres deportados a causa de una política higienista. La “democracia protegida” imaginada por Jaime Guzmán como “república autoritaria” es una posdemocracia en guerra contra el *demos*. Todos participamos en esta guerra

²⁶Maurice Blanchot, “En estado de guerra” en *Escritos políticos. Guerra de Argelia, Mayo del 68, etc. 1958-1993* (Madrid, Ediciones Acuarela/ A. Machado Libros, 2010), 143.

²⁷En una reciente conversación con Patricio Azócar el pasado 22 de noviembre en la Universidad de Michigan titulada “Democracy and Dictatorship: The Chilean Prison State and Anti-carceral resistance”, él señalaba, a la luz de la reciente declaración del estado de emergencia en Chile, la necesidad de realizar una genealogía de estos estados de emergencia permanentes en el país como forma estructural del paradigma securitario.

intestinal desde que nacimos en este territorio ocupado. Esta es la guerra de los propietarios contra los desposeídos. Es la guerra de los críos nacidos en clínicas privadas y que son educados para mandar contra los cuerpos infantiles sacrificables, paridos en hospitales públicos y criados para obedecer o ser ultrajados en los reclusorios del SENAME; es la guerra del Estado patriarcal contra las mujeres con todos los vejámenes históricos, los femicidios impunes y, ahora también, las violaciones sistemáticas en los retenes policiales. Tenemos esa guerra en el cuerpo desde mucho antes de la declaración de Piñera, hace siglos incluso, como dicen los compañeros mapuches. La revuelta social, con toda su violencia, interrumpió esta guerra introduciendo una ruptura que nos arrancó de la soledad y nos expuso a la medida común de la dignidad. “Con la revuelta, ‘el mal sufrido por un solo hombre se convierte en peste colectiva’. Esta peste tiene un extraño nombre: dignidad”²⁸.

II

Racionalidad de la paz

El pasado 15 de noviembre, los partidos políticos firmaron y sellaron el “acuerdo por la paz”. Con ello buscan pacificar a la comunidad en lucha y establecer nuevos principios jurídicos, en nombre del orden y la racionalidad. Pero la racionalidad del Estado no es garantía de nada cuando sabemos que la dictadura misma, con todos sus crímenes, actuó en nombre de la razón. En palabras de Tomás Moulian: “El planteamiento del carácter necesario de la revolución [capitalista] o de la ‘refundación de Chile’ debe considerarse como un recurso ideológico de legitimación de los ‘costos humanos’. Esta idea de la necesidad actuó como el raciocinio de la crueldad”²⁹. La dictadura tuvo una

²⁸Marina Garcés, prólogo de *Escritos políticos...* de Maurice Blanchot, 12.

²⁹Tomás Moulian, *Chile actual. Anatomía de un mito* (Santiago de Chile, Universidad ARCIS/Editorial Lom, 1997), 27.

racionalidad clara, y la continuidad de esa razón dictatorial es lo que aprendimos a llamar a lo largo de estos años “lo razonable”. Lo razonable ha sido la muerte de la política, la medida justa de la impunidad, la “justicia en la medida de lo posible”. Chile es así, se argumentaba tautológicamente hasta hace más de un mes atrás, “porque debió ser así, no tenía otro camino si quería seguir la dirección de la razón”³⁰. Hoy en día la revuelta es presentada, en palabra de los intelectuales reaccionarios, como un estallido irracional. El paladín intelectual de la derecha y rector de la universidad neoliberal por antonomasia, Carlos Peña, ha salido en los medios afirmando el carácter pulsional y adolescente de las manifestaciones. En una entrevista televisiva realizada al día siguiente de la declaración de guerra de Piñera, señaló que lo ocurrido es un “estallido emocional de índole generacional (...) sin ninguna mediación ni deliberación racional”³¹. Frente a este desborde “sin agenda de reivindicaciones” y sin “orientación normativa”, Peña opuso la necesidad de un Estado que “no debe olvidar” que su “razón de existencia es proveer orden”, en este sentido, la decisión del estado de excepción fue considerada “correcta” por el rector, que a la vez clamó por un gobierno que debe restablecer su autoridad simplemente “ejerciéndola” *de facto*, es decir, el gobierno debe “ejercer coacción” con “buenas razones” sobre la base tautológica de una violencia que se justifica a sí misma. Sin embargo, lo que el jurista Peña no dijo es que para el Estado no existen “buenas” o “malas” razones para ejercer la violencia, sino un único principio fundamental, a saber, su autoconservación. Alejandro Fielbaum ha evidenciado la matriz portaliana del discurso de Peña: “Diego Portales señala [en una carta de 1834] sin titubeos la necesidad de violar, en circunstancias extremas, a *esa señora que llaman la Constitución*, con ley o sin ella. La figura es expresiva, sincera en su violencia patriarcal: el ejercicio del mando por parte de los varones de la élite hacendal pasa así por la decisión de imponer sus deseos con violencia ante quien contradiga su autoridad”³². Algunas líneas más adelante Fielbaum añade: “Ante la crisis del orden neoliberal, Peña solo percibe

³⁰Moulian, *Chile actual. Anatomía de un mito*, 16.

³¹<https://www.t13.cl/noticia/politica/nacional/una-conmocion-pulsional-generacional-analisis-carlos-pena-protestas-chile2>

pulsiones neoliberales que podrían solucionarse con un neoliberalismo mejor. Esto es, que realmente premie el mérito y promueva la reflexión, donde las leyes se cumplan de forma igualitaria y las aspiraciones individuales sean razonables. Lo que Peña no puede ver [o no quiere ver] es que históricamente liberalismo y neoliberalismo han sido posibles justamente por el autoritarismo que está a la base de la reproducción social de las élites que se autorizan en el discurso del mérito”³³. La explicación de Peña sobre el estallido social es básica y añeja³⁴, pero ha sido efectiva históricamente tanto para las facciones institucionales de derecha como para las de izquierda, y esta explicación ha asignado al pueblo una condición barbárica, ignorante y pulsional que por lo tanto debe ser bien gobernada por hombres capaces. Para la élite en su conjunto no hay problema con la politización del pueblo, siempre y cuando esta sea ordenada y sujeta a representantes legítimos que transmitan las demandas sociales al Estado. Estos representantes han sido generalmente hijos de la oligarquía cuya radicalización en favor de las clases subalternas ha tenido un claro límite en el derecho burgués de la propiedad privada y el Estado como centro de poder gubernamental indiscutible. El resto es turba, delincuencia y anarquía. Desheredados irracionales que toman revancha saqueando supermercados y quemando bancos. Destruyen el mobiliario público que no tiene la culpa de sus pulsiones neoliberales desatadas.

³²Alejandro Fielbaum, “El discurso del rector: Las pesadillas de Carlos Peña” en *Revista Carcaj. Fechas de Sentido*, 21 de octubre de 2019. (<http://carcaj.cl/el-discurso-del-rector-las-pesadillas-de-carlos-pena/>).

³³Alejandro Fielbaum, “El discurso del rector: Las pesadillas de Carlos Peña”

³⁴Tal como ha señalado recientemente Claudio Aguayo en su artículo sobre la “insurrección cuma” respecto del calificativo de lo “orgiástico” que usa Peña para referirse a las movilizaciones: “En nombre de un tufo psicoanalítico—se sabe, en cualquier caso, que el psicoanálisis tiene una muy bien extendida y robusta *pata* de derecha—se pretende exhibir la subjetividad de este momento violento que, con su excepcionalidad, desarma los símbolos del ‘orgullo de Chile’, desde el metro hasta el Instituto Nacional. Lo que no nos dicen ni nos explican, es que el acceso al goce nunca ha estado prohibido a nadie. En las vitrinas del oasis neoliberal, en la ciudad blanqueada y en las visitas furtivas de la población más precarizada a los grandes *malls* del barrio alto, el goce estaba más vivo que nunca. Sin embargo, este ordenamiento del goce neoliberal se desplomó cuando el efecto compensatorio del consumismo y el imperativo categórico del capital, su fetichismo inherente, no fueron suficientes frente a la humillación cotidiana de la explotación—bajos salarios, bajas pensiones, aumento progresivo del precio del transporte” (<http://www.revistarosa.cl/2019/11/15/insurreccion-cuma-rebelion-constituyente/>).

La prueba más reciente de este esquema oligárquico-autoritario-masculino es la imagen del pacto por la paz firmado en una enorme mesa de hombres, que la ciudadanía solo vio por las pantallas de televisión, cuando los hombres blancos aparecieron abrazando a otros hombres blancos, y los hijos de la oligarquía de derecha con los hijos de la oligarquía de izquierda pactaron la paz en nombre de la nación completa. Como dijo Piñera en un reciente lapsus televisado: “Un acuerdo por la paz y contra la democracia”³⁵. Este es el límite del discurso constituyente. Cuando hablamos en territorio enemigo, dijimos arriba, “toda palabra, captada por el adversario (...)[,] será puesta a su servicio”. Así, la palabra “constituyente” se encuentra ahora al servicio del enemigo y, por lo tanto, cae en la lógica de la negociación de las élites, en la estructura dialógica y racionalista, que viene a transformar la revuelta del rechazo radical contra la forma de vida neoliberal en un sistema de mandas negociables por un porcentaje de dos tercios³⁶. Lo constituyente pasará inevitablemente a ser lo constituido, porque en lo constituyente ya viene inscrita la ontoteología del gobierno. En lo “constituyente” la finalidad se confunde con el nacimiento. El *statuere* (establecer) contenido en la palabra “constituyente” (re)establece el vínculo entre gobernantes y gobernados³⁷.

³⁵<https://www.theclinic.cl/2019/11/24/un-acuerdo-por-la-paz-y-contra-la-democracia-el-sintomatico-lapsus-que-sufrio-pinera-en-pleno-discurso/>

³⁶Para escribir la nueva constitución acordada por las élites se necesitará un cuórum de 2/3 para aprobar cada norma, lo cual significa en la práctica la minoría de 1/3 tendría derecho a veto de las normas si la mayoría no alcanza los 2/3 requeridos.

³⁷Antonio Negri ha formulado una teoría del poder constituyente que refiere a una potencia democrática expansiva e ilimitada de los sujetos productivos multitudinarios (véase Antonio Negri, *El poder constituyente. Ensayos sobre las alternativas de la modernidad* (Madrid, Traficantes de Sueños, 2015)). En este sentido, el filósofo italiano ha buscado arrancar la idea de este poder de las fauces del excepcionalismo schmittiano. El poder constituyente, en cuanto que fuerza democrática, sería el “motor de una acción progresiva de transformación” (17), una “iniciativa de conmixión íntima de lo político y lo social” (17) y la “constitucionalización de un vasto pluralismo” (17). Sin embargo, a raíz de los últimos acontecimientos en Chile que han demostrado el fuerte vínculo entre el paradigma securitario y el excepcionalismo, no se puede pasar por alto la crítica de Agamben que muestra el modo en que cualquier avance que cuestione el orden establecido “se vuelve una nueva oportunidad para gobernarlo. Esto es evidente en la dialéctica que une estrechamente terrorismo con Estado en un interminable círculo vicioso” (véase, Giorgio Agamben, “Por una teoría del poder destituyente”. <http://anarquiacoronada.blogspot.com/2016/01/por-una->

III

El rechazo

En las versiones más optimistas, el sujeto constituyente será el pueblo, porque no hay modo de que alguien o algo pueda constituir (*con-statuerere*) sin ser un sujeto autoexhortativo. Para delegar el mandato en los representantes constituyentes en la forma jurídica que hoy predomina, el pueblo debería ser inevitablemente Uno. Un sujeto (si se quiere, colectivo) pero con una única voluntad transferible. Y como todo sujeto, el pueblo constituyente quedará *sujeto*, a su vez, a aquello que constituya, esto es, a un poder ascendente cuyo origen trascendental o inmanente no hace grandes diferencias, en cuanto adquiere una función específica en la legitimación de un orden superior tutelado por la oligarquía. La forma en que el sujeto pueblo está operando en esta coyuntura (vinculado al discurso constituyente) es un proceso de refundación de la metafísica del Estado. El nuevo Estado será más o menos neoliberal, más o menos populista, más o menos garantista, más o menos subsidiario, más o menos consensual, pero, en el fondo, será siempre igualmente militar y mítico. Entonces, en el segundo momento de la revuelta el nombre del pueblo ha adquirido

teoria-del-poder-destituyente.html). Si observamos las formas que ha adoptado el poder constituyente en la historia de las constituciones chilenas, vemos en ellas justo lo contrario de lo que defiende Negri, es decir, una limitación de orden oligárquico que permite un mínimo de participación de los grupos sociales medios y bajos (véase, Juan Carlos Gómez Leyton, “Poder Constituyente, Crisis del estado Oligárquico: Chile, 1910-1925 en *Revista Direito e Práxis*, Rio de Janeiro, Vol. 08, N.4, 2017). El tipo de poder constituyente de Negri requeriría como mínimo que fuera el tipo de poder constituyente que los teóricos constitucionalistas llaman “originario”, es decir, aquel que surge primigeniamente y da origen al ordenamiento político, pero lo que vemos actualmente en Chile es algo muy distinto, a saber, una forma constituyente “derivada”, lo cual quiere decir *tutelada* por un ordenamiento oligárquico de origen dictatorial ya existente y que ha definido de antemano las reglas del juego. La última vez que en Chile se eliminó completamente una constitución para fundar una nueva, ocurrió en 1980 en la dictadura de Pinochet. Lo que hemos visto en esta “refundación” de la carta fundamental de la nación es que la idea de partir de foja cero (o página en blanco, como se ha llamado actualmente en Chile) no es garantía de una constitución democrática. Por el contrario, operó, al igual que la que se ofrece en las negociaciones actuales, como un acto de “transformismo”. Tomás Moulian llama “transformismo” político a la supuesta operación de refundación que finalmente sirve para dejar todo como estaba (véase Tomás Moulian, *Chile actual. Anatomía de un mito*).

diversas figuraciones y definiciones según quien lo enuncie: histórico o contingente, inmanente o trascendente, fiesta o sacrificio, minúsculo o mayoritario, sustancial o efecto performativo del lenguaje. Ya sea este pueblo el de la filosofía política, que siempre es filosofía del gobierno, o el pueblo añorado por el militante melancólico que sueña con ser a la vez parte y vanguardia dirigente de este, el pueblo, al quedar atrapado en la causalidad inescapable de lo constituyente-constituido, funciona como el nombre de un dispositivo de gobierno³⁸. Hasta ahora, el pueblo se ha nombrado como sustantivo singular y masculino y en la medida en que es comprendido como fuente de soberanía³⁹ es también sujeto nacional e identitario. Por el contrario, nosotros pensamos que aquello que le ha dado su fuerza inédita a esta rebelión no es el discurso constituyente, sino una potencia a la vez anterior y posterior a la figura del pueblo politizado, detentada por una hegemonía negociadora. Esta es una potencia del *rechazo*, anárquica, comunista y anónima, es decir, sin identidad y sin representantes. Esta potencia anónima es anterior, porque en lugar de emerger como poder constituyente brotó desde el primer momento de ruptura como una fuerza de rechazo radical contra la forma de vida neoliberal. Y es posterior porque después del “pacto por la paz” que la élite estableció en nombre del pueblo, el rechazo ha seguido operando como potencia irreprimible de la revuelta que no deja de interrumpir los pactos hegemónicos. La fuerza anónima del rechazo se vincula con la afirmación de una rabia irreductible a la dialéctica entre lo racional y lo irracional. El grito de rabia contra los abusos sistemáticos es a la vez verbal y físico. Es un argumento incontestable, sin discurso. Se materializa en la expresión de un No, pero no se puede decir No si a la vez no se hace con el cuerpo. El rechazo desafía el cartesianismo del sujeto autónomo moderno formulando un nuevo *cogito*: “‘[Y]o soy mi cuerpo’. No hay argumento, en este caso, sino una afirmación desnuda que,

³⁸Este comentario busca poner de relieve que más allá de la serie heterogénea de definiciones del pueblo que podemos encontrar en las propuestas teóricas y políticas de la revuelta en Chile, al quedar enlazado con la función constituyente, tal como la hemos descrito, el pueblo no puede sino tener un carácter de sujeto político (es decir de unidad e identidad) y una tarea representativa y derivada.

³⁹Aquí hablamos de la idea de soberanía específica que presta su utilidad a un proceso constituyente.

vinculando el yo a la corporalidad, lo abre a su imposible individualidad. Porque soy mi cuerpo, no puedo ser solo un individuo (...) [A] través de la revuelta y el rechazo: estoy entrelazado con el mundo y con los otros”⁴⁰. Tal como escribió Blanchot, en la medida en que “el tiempo de la afirmación común [del pueblo constituyente] les ha sido precisamente arrebatado”⁴¹, el rechazo debe ser absoluto y categórico, “lo que les queda es el irreductible rechazo, la amistad de ese No certero, inquebrantable, riguroso, que les mantiene unidos y solidarios”⁴².

Lo que se rechaza, por su puesto, no carece de importancia. Más aún, a la vista de muchos, la restauración de un orden estatal-capitalista a la luz del proceso constituyente parece una conquista popular, una chispa de esperanza democrática, pero por ello mismo el rechazo es necesario: “Hay una razón que ya no aceptaremos, hay una apariencia de cordura que nos produce horror, hay una oferta de acuerdo y de reconciliación que ya no escucharemos”⁴³. Ni constituyente ni simplemente destituyente, el rechazo del anonimato es la afirmación de una forma de vida otra que no se puede formalizar en el derecho ni ontologizar en la sustancia infinita de las fuerzas productivas. El No de la revuelta, mezcla de palabra y rugido animal, es la ruptura con el lenguaje dirigente y la ruptura con “nuestra propia concepción de la oposición al poder, cada vez que dicha oposición se constituye en partido de poder”⁴⁴.

La bien o mal llamada “primera línea” nombra los cuerpos en lucha en medio del rechazo radical. Ese territorio de lucha decisiva, donde se juegan la vida y los ojos, hace perceptible en su forma más explícita la fuerza del gesto de

⁴⁰Marina Garcés, prólogo de *Escritos políticos...* de Maurice Blanchot, 14-15.

⁴¹Maurice Blanchot, “El rechazo” en *Escritos políticos. Guerra de Argelia, Mayo del 68, etc. 1958-1993* (Madrid, Ediciones Acuarela/ A. Machado Libros, 2010), 39.

⁴²Maurice Blanchot, “El rechazo”, 39.

⁴³Maurice Blanchot, “El rechazo”, 40.

⁴⁴Maurice Blanchot, “Afirmar la ruptura” en *Escritos políticos. Guerra de Argelia, Mayo del 68, etc. 1958-1993* (Madrid, Ediciones Acuarela/ A. Machado Libros, 2010), 147

rechazo contra la opresión. Esta espacialidad de la primera línea emerge en cualquier lugar de la ciudad donde la policía arremete contra las manifestaciones y los cuerpos, rechazando el miedo, deciden resistir a la máquina de guerra estatal. Este es un rechazo sin politización (entendida esta última como unificación de voluntades delegables y levantamiento de demandas). En este borde de la lucha no hay demanda, solo potencia del anonimato de rechazo, resistiendo protegidos los anónimos por escudos improvisados y la anulación la identidad con los rostros cubiertos. En este territorio se manifiesta un *rechazo* absoluto, sin fonocentrismo ni declamaciones poéticas sobre el pueblo, sin intenciones de pacto, sin posibilidades de acuerdo y sin la exigencia del “derecho de vivir en paz”. Durante los años noventa y hasta el presente, esta fuerza anónima (la primera línea) había sido sistemáticamente despreciada como vandalismo; tanto los medios de comunicación como los manifestantes adeptos al discurso de la paz los tacharon como delincuentes y anarquistas. La “insurrección cuma”, como la ha llamado Claudio Aguayo⁴⁵, nombra un generalización negativa sobre los cuerpos marginales y violentos que las manifestaciones, bajo el discurso de la ciudadanía organizada, rechazaban. Los “cumas” eran reconocidos como un excedente innecesario del sistema de demandas sociales y eran ofrecidos como carne de cañón para la represión policial. No era extraño oír a los dirigentes sociales exigir a la policía aislar y neutralizar a estos seres en nombre de la movilización pacífica. “Recordamos a Giorgio Jackson y su fraseología: ‘[F]uera los encapuchados’”⁴⁶. Pero ahora, a la luz de una violencia superior que se ha desatado sobre todos sin hacer distinciones, estos cuerpos del borde aparecen bajo un nuevo cariz. En ellos el nombre de la anarquía adquiere una nueva comprensión afirmativa, indispensable para sostener los más de cuarenta días de lucha hasta la actualidad. Así, la primera línea proyecta su luz negra sobre toda la movilización dándole un carácter ingobernable. Nadie quiso reconocer antes que desde el 2006 al 2011, cuando los movimientos estudiantiles fueron traicionados

⁴⁵Claudio Aguayo, “Insurrección cuma, rebelión constituyente” en *Rosa. Una revista de izquierda* (<http://www.revistarosa.cl/2019/11/15/insurreccion-cuma-rebelion-constituyente/>).

⁴⁶Claudio Aguayo, “Insurrección cuma, rebelión constituyente”.

inicialmente por Bachelet y luego por Piñera, solo estuvieron dispuestos a ceder mínimamente cuando este borde de la política del rechazo violento se ensanchó y los medios masivos hablaron de la ingobernabilidad. Es lo ingobernable de la revuelta lo que ha puesto en jaque al sistema, no los discursos expertos sobre lo constituyente. Ahora bien, este rechazo radical, materializado en el borde de la revuelta, ha estado también en el centro de esta gran movilización. El rechazo materializa la medida común de la dignidad en nuestros cuerpos. Los estudiantes que decidieron saltar los torniquetes del metro para luego destruirlos rechazaron la usura legalizada y la orden de detenerse; los que se quedaron en las calles después del toque de queda rechazaron el mandato autoritario y militar del confinamiento en el mundo privado del hogar; los que saquearon los supermercados rechazaron el derecho a la propiedad privada; los que derribaron la estatua de Pedro de Valdivia rechazaron la historia colonial; los que volvieron a las calles con un solo ojo y el cuerpo lleno de balines rechazaron el miedo.

El rechazo no es una renuncia es la oscilación violenta entre negatividad y afirmación, sin contradicción y sin causalidad, que nos abre a la posibilidad de otra vida en común sin relación con la forma que nos sometía. En este sentido, el rechazo no es metafórico, sino literal. Es la reivindicación de una violencia de la revuelta que, como ha señalado Rodrigo Karmy, no es sacrificial sino que “trae consigo el ‘trabajo vivo’ en el que se juega la afirmación de una potencia antes de un poder”⁴⁷. La potencia del rechazo nos pertenece a todos cuando un acto de resistencia se produce contra la realidad tal como esta había sido determinada, esto es, como identidad absoluta entre realidad y capitalismo. “Solo el rechazo total de la realidad nos la muestra en su verdad”⁴⁸. La “verdad” del capitalismo nos decía que estábamos vencidos y que revelarse era inútil. Ahora, tras el rechazo radical de la forma de vida que nos aniquilaba sabemos que esa afirmación, que parecía inmutable, no era más que una vil mentira. Hemos

⁴⁷Rodrigo Karmy, “Estado en quiebra. La revuelta como Arca de Noé” en *Ficción de la razón*, dossier “Los estados generales de emergencia. Dossier en movimiento sobre revueltas y crisis neoliberal” octubre, 2019, 41.

⁴⁸Santiago López Petit, *Breve tratado para atacar la realidad*, (Bueno Aires, Tinta Limón, 2009), 13.

descubierto nuestra propia verdad, la cual no depende de ningún conocimiento maestro, sino que es la verdad de una experiencia del mundo común que nos había sido arrebatada. Esta verdad tienen su propio principio de anarquía: la revuelta sigue “hasta que valga la pena vivir”.